

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

un cadáver en la sombra



KEITH LUGER

Elizabeth Carroll lanzó un grito de terror cuando el vampiro se encaminó hacia ella.

—¡Socorro, Peter!

—Peter no está aquí —le contestó el vampiro.

—Estaba hace un momento.

—Yo le di un somnífero con el champaña.

—¡Oh, no!

—Sí, querida niña.



Keith Luger

Un cadáver en la sombra

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1014

ePub r1.0

Lds 02.02.18

Título original: *Un cadáver en la sombra*

Keith Luger, 1970

Cubierta: Antonio Bernal

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Elizabeth Carroll lanzó un grito de terror cuando el vampiro se encaminó hacia ella.

—¡Socorro, Peter!

—Peter no está aquí —le contestó el vampiro.

—Estaba hace un momento.

—Yo le di un somnífero con el champaña.

—¡Oh, no!

—Sí, querida niña.

Elizabeth retrocedió.

Estaba en camisón. Poco antes se había tendido en la cama con un libro, «Alicia en el país de las maravillas». Había empezado a leer y de pronto...

De pronto había oído un chirrido y se incorporó.

En la ventana, cuya hoja era la que había chirriado, estaba el conde, como siempre vestido de *smoking*, con sus dientes largos, con sus ojos agrandados, mirándola. Pero lo más escalofriante era su capa negra, cuyas dos partes levantaba con los brazos y que le daba el aspecto de un extraño murciélago.

Y Elizabeth había saltado de la cama presa de gran terror.

—Señor conde, no debe hacer esto con sus invitados. Es la hora de descansar.

—Eres hermosa.

El conde saltó de la ventana y lo hizo con la suavidad de un pájaro.

—Señor conde, usted y yo no hemos nacido el uno para el otro.

—Te amo, querida niña... Te amo.

—¡Oh, no!... No lo quiero a usted... Yo quiero a Peter.

Una voz gritó delante del conde:

—Muy bien. La escena ha salido estupenda. ¡Basta!
El conde sé desmadejó y llevóse una mano a la cara.
—¡Mi flemón!... ¡Mi flemón!
Se arrancó los dos incisivos.
—Dios mío, ¿no hay un dentista por aquí?

* * *

El hombre que había elogiado la escena se le acercó y le dio una palmada en la espalda.

—Buen trabajo, Robert.

—Gracias, señor Potman. Pero no podré seguir trabajando si no me quitan esta muela. No me dejó pegar un ojo, durante la pasada noche.

—Por eso tu aspecto fue inmejorable.

—Pero si tengo una cara de porquería.

—Justamente la que necesitas para hacer tu papel.

Elizabeth Carroll dio un suspiro.

—¿No hay elogios para mí, señor Potman?

Para ti hay algo mejor. Un beso.

Pues démelo en la mejilla.

Potman la besó como ella decía y luego dijo:

—Para ser actriz, eres demasiado remilgada, Elizabeth.

—¿Y qué debo hacer? ¿Caer en brazos de usted?

—Yo soy casado.

Un hombre con gruesos anteojos se abrió paso por entre las cámaras y las luces y avanzó hacia donde estaban la estrella, y el director.

—Señor Potman, lleva dos días de retraso.

—Los recuperaremos.

—Soy el productor de esta serie televisiva, señor Potman, y estoy cansado de las demoras.

—Señor Gibbons, sé perfectamente que usted es él productor. Por favor no nos pongamos nerviosos. Sería lo peor. Los seis telefilmes que he rodado han merecido su aprobación. Ya ha salido al aire el piloto, y los críticos coinciden en que no se ha presentado un programa tan bueno de terror desde hace muchos años.

—Le recuerdo que fue mía la idea de rodar «Noches de terror».

—Sí, señor Gibbons, fue suya la idea, pero no basta con que a uno se le ocurra una idea para lograr el éxito. Y menos tratándose de la televisión. Una idea debe ser desarrollada. Y para que el trabajo sea eficaz, hace falta reunir a los colaboradores más idóneos. ¡Y eso fue cuenta mía!

Elizabeth soltó una risita. El director Karl Potman había pedido que no se pusiesen nerviosos y ya lo estaba él. Y el productor Bert Gibbons no estaba dispuesto a ceder en nada. Ya habían empezado a discutir, y así continuarían durante una hora o dos. Era el mejor momento para hacer la llamada telefónica a la agencia cuyos servicios había requerido para encontrar un apartamento.

Llevaba seis meses en Nueva York, viviendo en un hotel, pero ya estaba cansada. El precio del hotel resultaba caro y un hotel no era un hogar.

Se fue a su camerino. Pero allí ya había un hombre. Era Sutton, el guionista de la serie «Noches de terror».

Leo Sutton era alto, rubio, y usaba gafas de carey. Quiso rodearla con sus brazos mientras decía:

—Ahora soy yo el vampiro.

Ella trató de defenderse.

—No seas chiquillo, Leo.

—Todo lo contrario. Esto es cosa de hombres —trató de besarla, pero ella lo burló hábilmente.

—Leo, que te tiro de cabeza al corredor. Y sería ya la segunda vez.

Leo se estiró la chaqueta.

—Eres una ingrata. Te he escrito el mejor papel de tu vida, pero la próxima vez me vengaré.

—No te sulfures.

—¿Cómo quieres que esté?... Te amo.

—Oh, no, por favor, Leo. Deja esa parte del libreto para el conde Drácula.

Pero yo lo digo en serio.

Tú no has hablado en serio en tu vida. Con el corazón en la mano, Leo. ¿A cuántas has dicho esta semana que las amabas?

—Está bien. Lo he dicho como cuatro veces, pero nunca fue verdad hasta ahora. —Creo que obtendrás tu mayor éxito como escritor cuando te decidas a hacer un guión sobre «Don Juan

Tenorio».

La joven descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿A quién llamas, Elizabeth? No me rompas el corazón citándote con otro.

—¿Agencia Parker? —dijo Elizabeth cuando descolgaron a la otra parte.

—John Parker.

—Soy Elizabeth Carroll. Me dijeron que hoy tendrían probablemente lo que yo necesitaba.

—Espere un momento, señorita Carroll.

Oyó que hablaban en voz baja.

Leo Sutton quiso aprovechar su oportunidad y la rodeó por detrás con los brazos.

—¡No seas abusón, Leo! —dijo ella y le pegó una patada en la espinilla—. Cariño, sólo quería quitarte un cabello del cuello. —No es el mejor procedimiento para quitármelo—. Es que quería quitártelo con la boca.

—Leo, que te meto el teléfono por los dientes.

John Parker habló otra vez por el micro.

—¿Cómo se llama su perro, señorita?

—¿Qué?

—A mí también me gustan mucho. Tengo un perro lobo sensacional.

Elizabeth echó una mirada a Leo y dijo:

—El mío es un San Bernardo, señor Parker.

—Guau, guau —ladró Leo apartándose y luego puso una cara muy triste—. Demasiado grande —dijo Parker desde su oficina—. ¿Qué se dice de mi apartamento, señor Parker?

—Creo que tenemos lo que necesita.

—Cuánto me alegro. ¿Lo podré ver hoy?

—Sí.

—Tendré un par de horas libres, señor Parker. Podré verlo durante ese rato. ¿Dónde es?

—En la Octava Avenida, esquina con la Calle 77.

—¿Octava Avenida?... Eh, señor Parker, que yo no quiero un apartamento de millonaria. Le dije que era actriz.

—Lo tuve en cuenta, señorita Carroll. A la Agencia Parker le gusta hacer siempre un trabajo eficaz. Se trata de la casa de las

Cuatro Almenas.

—¿Casa de las Cuatro Almenas?

—¿No ha oído hablar de ella?

—Soy una recién llegada a Nueva York.

—Oh, sí, también me lo dijo. Verá, señorita Carroll. La casa fue construida, a mediados del siglo pasado.

¿Y todavía está en pie?

Señorita, las casas que se construían entonces podrán seguir en pie doscientos o trescientos años más. Es como una colmena.

—¿Quiere decir que hay muchos vecinos?

—Medio centenar de apartamentos. Pero tiene cuatro números.

—¿Y qué clase de gente vive allí?

—Casi todos son jubilados.

—Eh, señor Parker, tampoco quiero vivir en un cementerio.

John Parker rió por el cable.

—Señorita Carroll, son gente muy buena, tranquila. A los huéspedes de la casa de las Cuatro Almenas no les gustan los alborotos. Eso es muy importante para usted. El silencio. Tiene que aprenderse sus papeles dramáticos.

—Tiene razón.

—El portero se llama Alan Baker. Él tiene la llave del apartamento en cuestión.

—No hemos hablado del precio.

—Es el que a usted le conviene.

—¿Y cómo sabe usted eso?... Por favor, señor Parker... Dígamelo.

—Ciento cincuenta al mes.

—¿Ciento cincuenta dólares al mes? Señor Parker, no acerté ninguna quiniela.

—Lo podríamos dejar en ciento veinticinco. Le aseguro que es una ganga. Pero no pretenda que baje ese precio. La Agencia Parker no ganará un centavo en este negocio. Lo hacemos única y exclusivamente para que usted se sienta satisfecha. —¿Puro altruismo?

—Sí, señorita Carroll.

—¿Y de qué viven ustedes?

John Parker rió otra vez.

—Eso tuvo gracia, señorita Carroll. Le contestaré. Esperamos

que usted nos haga publicidad.

—Se la haré si me quedo con el apartamento.

—Comuníqueme su decisión en cuanto lo haya visto. Tenemos más de seis aspirantes al apartamento y dos de ellos estaban antes de que usted viniera, pero hemos querido tener esa deferencia.

—Muy amable, señor Parker.

Elizabeth colgó el auricular y miró a Leo Sutton.

—Lárgate, Leo.

—¿Por qué?

—Porque voy a cambiarme.

—Ahora es cuando me quedo.

Leo fue a sentarse en una silla, pero Elizabeth lo cogió de un brazo y lo empujó hacia la salida del camerino.

—Elizabeth, necesito ver el espectáculo. Debo escribir un nuevo libro.

—Búscate la inspiración en otra parte.

—En ninguna encontraré una mujer como tú.

—Fabulista.

Elizabeth, ¿por qué no me crees?

Porque ahora tengo que ir a ver mi nuevo apartamento.

—Te acompaño.

—Ni lo pienses.

—¿Qué tiene de malo?

—Quiero que mis vecinos piensen desde el principio que soy una mujer honesta.

—¿Cómo se escribe eso?

—Te lo diré cuando regrese.

Leo ya estaba fuera y Elizabeth cerró la puerta. Entonces la joven empezó a quitarse el maquillaje...

CAPÍTULO II

Elizabeth vio la casa de las Cuatro Almenas y sintió un escalofrío. Era de estilo gótico y destacaba entre los rascacielos de aquella parte de Nueva York. Destacaba precisamente porque era una casa chata, de ladrillo rojo. Sus cuatro almenas eran como torreones. En su conjunto la casa parecía formar parte de una lámina de Hoffman, ¿o sería mejor de Poe?

La entrada era oscura. No vio a nadie.

Había casilleros para la correspondencia.

El ascensor estaba al fondo y, naturalmente, lo habían puesto mucho después de construir la casa pero seguía siendo un ascensor viejo, aunque su aspecto era señorial.

—¿Qué desea?

Elizabeth casi dio un grito.

La voz había surgido a sus espaldas.

Se volvió rápidamente y vio al hombre que la miraba. Tenía la cara impasible y sus ojos eran muy grandes, debido a los lentes especiales que los defendían.

—¿Es usted Alan Baker?

—Sí, Alan Baker, el portero de esta casa. —Me envía la Agencia Parker.

—No me dijeron nada.

—Soy Elizabeth Carroll... Estuve hablando hace un rato con John Parker... Y ahora recuerdo que no me acordé de preguntarle qué apartamento tenía que ver.

—Sólo hay uno por alquilar. El 66.

—Entonces será ése.

Vio que aquel hombre no se movía y ella agregó:

—Puede comprobar lo que le digo con la Agencia Parker.

—No hace falta. Le daré la llave.

—Gracias.

Baker se metió en una zona donde reinaban las sombras.

A Elizabeth le fue difícil seguirlo con la mirada, pero lo vio desaparecer.

Poco después regresó entregándole la llave.

—Disculpe que no suba con usted, señorita. Tengo a mi hermana enferma.

—No se preocupe.

Elizabeth se alegró en el fondo de que Baker no fuese con ella.

—Es el tercer piso.

—Gracias.

Elizabeth se metió en el ascensor y apretó el botón correspondiente.

La jaula inició la ascensión despacio, con algunos gemidos de los cables.

Llegó al tercer piso y Elizabeth salió. Encontróse en un corredor donde había varios florones de alto pie, en un estilo del siglo diecinueve. No necesitó tocar las flores para saber que eran de tela. Ni siquiera se habían molestado en ponerlas de plástico, más de moda con la época actual, o quizá habían querido conservar aquel aire del novecientos.

Llegó ante la puerta marcada con el número 68 y metió la llave en la cerradura.

Abrió y pasó al interior.

Se llevó un gran susto porque esperaba ver una habitación vacía. Sin embargo, estaba amueblada.

Vio un *living*, con muebles que tendrían una antigüedad de cuarenta o cincuenta años.

No tanto como la casa, pero de todas formas resultaban téticos.

Al fondo había una chimenea con unos leños, pero no estaban encendidos.

A Elizabeth le pareció todo irreal, como si de pronto hubiese retrocedido cincuenta o más años en el tiempo.

—No, no le gustaba. Decididamente no le gustaba aquel apartamento. No viviría allí ni por cincuenta dólares.

¿Y por qué no? Después de todo, el ser humano se ambientaba a cualquier lugar. ¿Ambientarse ella allí? ¿Y si el apartamento tuviese

su encanto? No se lo habría encontrado al pronto, pero...

«No seas tonta, Elizabeth, eso no es para ti, Eres una actriz de televisión y muy pronto podrás presentarte en Broadway. Entonces serás famosa, y Hollywood estará a la vuelta de la esquina».

Fue a abrir la puerta para salir.

Y entonces oyó un gemido.

Se sintió sobrecogida.

«No, Elizabeth. No has oído nada. Ese gemido ha salido de tu mente. Pero ¿qué estás esperando? Abre la puerta y sal». Oyó otra vez el gemido.

¡Y venía de aquel *living*!

Cruzaron por su mente imágenes y todas eran horribles. Muros que se deslizaban dejando ver pasadizos secretos por cuyos huecos aparecían seres extraños, como los que estaba acostumbrada a ver en sus interpretaciones de «Noches de terror». «Eso es lo que te pasa, Elizabeth. Tienes en la cabeza las escenas de los telefilmes que estás interpretando».

Pero volvió la cabeza.

Y ahora se sintió más aterrada que nunca. ¡Y no estaba interpretando!

Una mano había surgido por detrás de un sillón. Una mano de dedos huesudos como garfios. Dedos que trataban de atrapar algo y a Elizabeth le pareció que lo que querían agarrar era la vida...

—Por favor... Socórrame.

La mano desapareció tras del sillón.

Elizabeth sentía que la sangre se había helado en sus venas.

Era incapaz de moverse.

Pero alguien detrás de ese sillón pedía auxilio.

Dio un paso. Luego otro... Se estaba internando en la habitación. Iba al encuentro de aquella persona, quienquiera que fuere.

Un hombre estaba tendido en la alfombra, boca abajo.

—Eh, oiga —lo llamó Elizabeth.

Pero aquel hombre no se movió.

Elizabeth puso una rodilla en el suelo y alargó la mano con miedo.

—¿Me oye?

El hombre volvió ligeramente la cabeza.

Elizabeth vio el rostro de un hombre de unos cincuenta años, de

cabello entrecano, ojos azules, nariz recta. Sus labios temblaban.

—Me han asesinado.

—¿Quién es?... ¿Quién es usted?

—Harry... Harry Lombard... Me han asesinado...

Aquel hombre dobló la cabeza y quedó otra vez inmóvil.

—¡Señor Lombard!... ¿Quién lo mató?... Oh, na Eso no importa ahora. En seguida vuelvo. Voy por auxilio... ¡No se mueva de ahí!... ¡En seguida vengo!...

La joven echó a correr y salió del apartamento. Titubeó unos instantes ante la reja del ascensor, pero la jaula no estaba allí.

Se decidió por la escalera.

Bajó por la escalera, dio un traspiés y estuvo a punto de caer, pero logró agarrarse al pasamanos.

Creyó que tardaba un siglo en bajar.

Llegó al corredor donde estaba la portería.

—¡Señor Baker!... ¡Señor Baker!

Se sumergió en la penumbra, en donde había visto desaparecer a Baker.

De pronto se abrió una puerta y lanzó un grito interrumpiendo su carrera.

En el hueco estaba Alan Baker con su rostro impasible, sus ojos agrandados tras los lentes de alta graduación.

—¿Le gustó el apartamento?

—¡No, no me gustó nada!

—Lo siento.

—¡Hay un hombre!... ¡Lo hirieron!... ¡Lo asesinaron!

—¿De qué habla, señorita?

—¡Le digo que hay un hombre allá arriba! ¡Lo vi yo!

—Es imposible.

Elizabeth se quedó asombrada.

—Señor Baker, aquel hombre está allí. ¡Se está muriendo! Si es que no se ha muerto ya... ¡Lo asesina ron!... ¡El mismo me lo dijo!

—Señorita, en el apartamento 66 no hay nadie.

—Se equivoca.

—Yo le di la llave. ¿No es eso?

—Sí, me la dio.

—Y usted abrió con ella.

—¡Claro que abrí con ella! Pensé que no había nadie y no toqué

el timbre... Pero allí había un hombre... Por favor, venga conmigo.

—Señorita, no me haga perder el tiempo.

—¿Cómo se atreve a decir eso?... De acuerdo. Llamaré a la policía.

—¡A la policía!... ¿Para qué?

Elizabeth apretó los puños.

—Señor Baker, me está usted cansando... Le repito...

—Está bien. Iré con usted.

—Es usted muy amable —dijo Elizabeth con ironía.

—Vamos.

Subieron en el ascensor.

Baker no dijo nada y ella también guardó silencio.

Salieron al corredor.

—¿Cerró usted, señorita Carroll?

—Sí.

—Deme la llave. ¿O prefiere abrir usted?

—Tómela.

Baker abrió el apartamento.

—Entre usted, señorita Carroll.

—Usted primero, si no le importa, señor Baker. —Claro que no me importa.

Baker pasó al interior y luego lo hizo Elizabeth Baker estaba mirando la habitación.

—¿Dónde está ese hombre?

Elizabeth señaló el sillón.

—¿Allí? No veo a nadie, señorita.

—Está detrás del sillón.

Baker echó a andar, y fue hasta el sillón. Elizabeth vio que el portero miraba hacia el lugar justo, el suelo, y luego levantó los ojos y dijo:

—¿Está segura de que es aquí, señorita Carroll?

—Claro que estoy segura.

—No hay nadie, señorita.

—¿Qué broma me está gastando?

—Eso mismo le iba a preguntar yo, señorita Carroll. ¿Qué broma me está gastando? La joven fue donde estaba Baker. Al detenerse se quedó asombrada. Efectivamente, detrás del sillón no había nadie.

—¡Pero estaba ahí! —gritó señalando la alfombra.

—¿Lo ve ahora?

—¡Claro que no lo veo!... ¡He dicho que estaba ahí! Pero ya no está.

—¿Un hombre?

—Sí, hombre, y le puedo decir hasta cómo se llama.

—Dígalo.

—Harry Lombard.

La joven se volvió señalando unas cortinas que abrían paso a un corredor.

—Se habrá metido ahí. Estaba malherido... Me dijo que lo habían asesinado.

El portero se internó por aquel corredor y abrió una puerta a la derecha.

—Éste es el dormitorio, señorita. ¿Quiere verlo?

La joven le habría dicho de buena gana que no quería verlo. Pero no quería pasar por una mujer que sufre alucinaciones.

Fue al lado de Baker y vio la cama, que no era de dosel, como cabía suponer en aquel piso perteneciente a una casa construida en la mitad del siglo pasado, sino que era una cama mucho más moderna.

Elizabeth entró. Miró por todas partes. Vio un armario empotrado y tragó saliva.

En la serie que estaba interpretando en televisión los cadáveres se escondían en los armarios empotrados. Pero sería ridículo decir a Baker que lo abriese. Por eso lo abrió ella misma.

Pero allí no había nada. Sólo estantes vacíos.

Cerró y vio que Baker la estaba observando con su cara de palo porque no tenía ninguna expresión.

—¿Quiere seguir mirando, señorita Carroll?

—Desde luego.

El cuarto de baño estaba enfrente y era un cuarto de baño como cabía esperar en la casa de las Cuatro Almenas; antiguo, con azulejos, la grifería barroca, semejando cabezas de dragón, pero había un elemento moderno, una ducha con un calentador eléctrica.

—¿Satisfecha?

Elizabeth salió del cuarto de baño sin contestar.

Había otras dos puertas al fondo.

—Quiero verlo todo, señor Baker.

—¿No lo vio ya?

—No pasé del vestíbulo cuando vine antes.

—Oh, sí, vio aquel hombre y echó a correr.

A Elizabeth le irritó la forma en que Baker pronunciaba sus palabras.

La joven precedió a Baker, quien abrió la siguiente puerta.

Era otro dormitorio, un poco más pequeño, también con una cama moderna, pero aquella habitación no tenía ningún armario empotrado.

Elizabeth quiso abrir la otra puerta y se llevó la sorpresa, porque no cedió a su impulso. —¿Qué es esto?

—Una puerta condenada. Este piso era mucho más grande. Lo dividieron en tres apartamentos. Ésta es la separación. La puerta condenada. ¿Lo ve? Ya examinó el apartamento y no encontramos a ningún hombre. Eso demuestra que usted sufrió una alucinación.

Elizabeth lo miró perpleja.

Había visto a aquel hombre y parecía un moribundo y él le había dicho que lo habían asesinado.

—Se llamaba Harry Lombard, señor Baker. ¡Lo vi con mis propios ojos y hablé con él!

—Lo siento. Harry Lombard fue el último inquilino. Dejó el apartamento hace quince días.

—Pues no lo dejó, señor Baker. Porque estaba aquí.

—Se marchó, señorita Carroll. Y por eso el apartamento se puso para alquilar.

—¿Adónde se marchó el señor Lombard?

—No lo sé.

—¡Le repito que estaba aquí!

—Lo siento. Pero usted no pudo ver al señor Lombard. ¿Nos vamos ya?

Baker no esperó la respuesta de ella. Echó a andar hacia la salida.

Elizabeth se estaba llenando de ira. No lo había soñado. Estaba segura de que todo había pasado como ella lo había visto y oído.

Salieron del apartamento y Baker cerró la puerta y luego le dio la vuelta a la llave.

—Señor Baker, quiero que me conteste a una pregunta.

—Imagino que el precio ya se lo diría el señor Parker.

—No me refiero al precio, sino al hombre que encontré dentro...
¿Cómo sabía yo su nombre?

Baker no contestó.

Elizabeth sonrió con sarcasmo. Por primera vez creyó tener en sus manos a Baker.

—¿Cómo sé que aquí hubo un inquilino que se llamaba Harry Lombard? —repitió.

—Es la mar de sencillo.

—¿Ah, sí? Pues contésteme.

—Le hablaron del señor Lombard en la agencia.

—El señor Parker no me dijo el nombre del anterior inquilino. No se lo pregunté porque no me interesaba.

Baker guardó silencio otra vez.

—¿Qué contesta ahora, señor Baker?

—Podría decirle que no la creo, pero no se lo diré.

—Es usted muy correcto por no llamarme embustera.

—Venga conmigo, señorita.

—¿Adónde?

—Abajo. Quiero enseñarle algo. Tiene que ver con el anterior inquilino.

Abrió la jaula del ascensor y la invitó a entrar.

Elizabeth echó una mirada por encima de la jaula y vio cómo se movían los cables. ¿Y si ese hombre la hacía entrar allí para matarla?

—¿Qué le pasa, señorita Carroll?

Elizabeth se decidió a entrar, pero contuvo la respiración cuando Baker cerró la puerta y pulsó el botón de bajada.

«Eres una estúpida, Elizabeth. Ahora este hombre se limitará a ponerte las manos en el cuello y a estrangularte porque es fuerte y musculoso». Sin embargo, no ocurrió nada.

Llegaron abajo y Baker fue el primero en salir. Fue hacia los buzones de la correspondencia y señaló uno.

—Lea lo que pone.

Elizabeth vio que en la plancha de metal había un número, el 66, y un rectángulo en el que habían puesto una tarjeta «Harry Lombard».

—Usted leyó esto, señorita Carroll. Estaba aquí justamente cuando yo aparecí. Confiéselo.

—Sí, yo estaba aquí.

—Gracias.

—¡Pero no leí el nombre! Llegué hasta aquí porque no vi a nadie.

—Señorita Carroll, usted vino a ver un apartamento para alquilar. Ahora debe contestar al señor Parker si le interesa o no. Mi obligación era darle la llave y acompañarla si podía. Le dije que tengo a mi hermana enferma. Me está usted ocasionando muchas molestias. Buenos días.

Elizabeth pensó que no iba a ganar nada discutiendo con aquel hombre.

Echó a andar y salió de la casa.

Cuando estuvo en la acera, respiró profundamente.

Vio a los coches que circulaban en una larga cinta, la gente que se movía de un lado para otro, y pensó que quizá había sufrido una pesadilla.

«Oh, no, Elizabeth. No trates de engañarte a ti misma. ¿O es que vas a admitir que estás para que te encierren?». Consultó su reloj.

Estaban muy próximas a transcurrir las dos horas que le habían concedido para salir de los estudios de rodaje.

Pero un asesinato era más importante incluso que su trabajo.

«¿Qué asesinato, Elizabeth? Tú viste a un hombre. Pero ¿acaso viste su herida? ¿Cómo mataron a Harry Lombard? Y otra cosa, Elizabeth olvidas algo elemental. No puede haber crimen sin víctima... ¿Y dónde está la víctima?...».

CAPÍTULO III

Karl Potman, el director de la serie televisiva «Noches de terror», salió al encuentro de Elizabeth.

—¿Dónde te metiste?

—Estuve viendo un asesinato.

—Pues llámame la próxima vez para que vea cómo se cargan a un tipo. Lo necesito para mi trabajo. Quizá me de ideas.

Elizabeth se mordió el labio inferior. Potman se lo tomaba a broma. Pero ¿de qué otra forma se lo podía tomar?

—Date prisa Elizabeth. Tenemos que rodar una secuencia antes de ir a comer.

—Sí, Karl.

Robert Harrison, el actor que hacía de conde-vampiro, estaba sonriente.

—Me pusieron una inyección, Elizabeth. Ahora podré trabajar más a gusto y morderte mejor.

—Que te aproveche.

—Sólo me falta la servilleta.

La joven le dedicó una sonrisa y se marchó a su camerino.

Al sentarse en la silla se miró en el espejo.

—¿Quién eres tú, Elizabeth? —dijo en voz alta.

—Mi pastelito de nata —le contestó una voz.

Era Leo Sutton que acababa de entrar.

—Oye, Leo, no te he oído llamar.

—Es que no llamé. Quería sorprenderte, pero está claro que hoy es mi día de mala suerte.

Se fue a marchar, pero Elizabeth dijo:

—Espera, Leo.

El escritor se volvió sonriente.

—Dime que has cambiado de opinión y que reconoces que no puedes vivir sin mí.

—Deja de hacer payasadas, Leo, y escúchame. —Por favor, que sea una declaración de amor.

—Es una declaración de muerte.

—Entonces, deja que me cambie y me ponga el traje de luto.

Ella dio una patadita en el suelo.

—¿Me vas a escuchar, Leo?

—Está bien —el escritor se cruzó de brazos.

—Se cometió un crimen —dijo Elizabeth.

—Todos los días se cometen crímenes.

—Pero éste lo vi yo.

—Entiendo, viste cómo atropellaban a alguien. Es terrible. Yo también vi un accidente hace tres meses. Un camión convirtió a un negro en papilla. Resultó desagradable. Te lo aseguro. Muy desagradable.

—No fue un accidente de tráfico, Leo. Mataron a un hombre en una casa. Bueno, espero que esté muerto.

¿En una casa?

¿Es que no lo recuerdas? Fui a ver un apartamento.

Oh, sí, fue por lo que me dejaste hace un rato.

¿Crees que estoy bromeando?

—Pues no lo sé. Sinceramente, no lo sé.

—¡Lárgate! ¡Lárgate ahora mismo!

—¿Ya me declaraste la guerra otra vez? De acuerdo, Elizabeth, te escucharé.

Cuéntamelo todo.

—No sé de qué servirá.

Leo hizo sentar a Elizabeth y le cogió una mano entre las suyas y la alentó.

—Soy todo oídos, Elizabeth.

La joven le contó la historia relacionada con Harry Lombard.

Cuando hubo terminado, Leo sonrió.

—Estupendo. Será el próximo guión que interpretes Elizabeth.

—¿Qué?

—Se te ocurrió una cosa maravillosa. Qué imaginación, Elizabeth.

Ella se levantó de un salto.

—¡Eres un estúpido, Leo! No he imaginado nada. Todo pasó realmente como te he dicho.

—Estás sublime. Si interpretas el papel de mi guión como ahora, será el telefilme más famoso de la serie.

—¡Fuera!

—Oye, ¿por qué te pones así?

—¡Porque no quiero soportarte más!

Leo le pellizcó la mejilla.

—Eres mi musa, y no hay otra como tú —soltó una carcajada y se marchó.

Elizabeth cerró la puerta de golpe.

Leo no la creía, como tampoco la había creído Potman.

De pronto recordó a la Agencia Parker.

Marcó el número.

—¿Señor Parker?

—Sí, John Parker.

—Soy Elizabeth Carroll.

—¿Qué tal, señorita Carroll? Me imagino que querrá que firmemos el contrato inmediatamente.

—Antes quisiera saber si me incluyen el muerto o me lo dejan fuera.

—¿Qué dice, señorita? ¿He oído algo de muerto?

—El que encontré en el apartamento.

—Qué buen humor tiene usted, señorita Carroll. La gente de teatro es muy chistosa. —No le estoy contando ningún chiste. El muerto estaba allí y le puedo decir también su nombre. Harry Lombard.

—Señorita Carroll, ¿se encuentra bien?

—Me encuentro perfectamente, pero ha habido días en que me he encontrado mucho mejor. No es frecuente que conozca a la víctima de un asesinato.

Señorita Carroll, me está aturdiendo.

Cuánto lo siento.

Ya me doy cuenta de que no le interesó el apartamento.

Por favor, señor Parker. Dígame, ¿adónde fue Harry Lombard? Y para que no pregunte a qué Harry Lombard me refiero, le diré que es el último inquilino del apartamento 66 de la casa de las Cuatro Almenas.

—Se marchó.

—Eso ya lo sé. Pero quisiera saber adónde.

—Lo ignoro.

—Yo se lo puedo decir, señor Parker.

—¿Ah, sí?

—Se marchó al otro mundo.

Elizabeth golpeó el auricular en la horquilla interrumpiendo la conversación. Llamaron a la puerta y oyó la voz del regidor. — Señorita Carroll, al plató en quince minutos.

—Sí, Ben.

Se maquilló rápidamente. Últimamente había prescindido de la maquilladora del estudio. Sabía lo que se exigía de ella. Que su bonito rostro apareciese con su aire inocente, cándido. El director se lo había dicho muchas veces «Nada de potingues, señorita Carroll. Quiero su hermosa cara con su piel tersa, sus Ojos negros, sus pestañas naturales, largas y sedosas...».

Aquel director era una persona muy competente en su profesión. Podía haber rodado grandes películas en Hollywood, pero estaba fuera del círculo, del clan.

¿Por qué pensaba ahora en eso? ¿Qué le importaba el director Potman, y todo lo demás, cuando había visto a aquel hombre, allí tendido, en la alfombra, detrás del sillón muriéndose?

Otra vez pasó por su mente aquella imagen. Y las palabras de Harry Lombard repercutieron en su cerebro.

«Me han asesinado... Me han asesinado...».

Decidida descolgó el teléfono y marcó una vez el número de la Agencia Parker.

—Diga.

—Soy yo otra vez, señor Parker, Elizabeth Carroll. Contrato el apartamento.

—¿Cómo ha dicho?

—El apartamento 66 de la casa de las Cuatro Almenas.

—Pero usted dijo...

—No importa lo que dijese, quiero decir que todo fueron imaginaciones mías. Verá, señor Parker. Estoy trabajando en una serie para la televisión «Noches de terror». ¿No vio el primer telefilme que ya pasamos por la pantalla?

—Perdone, pero veo muy poca televisión.

—Bueno, se trata de una serie en donde salen vampiros, monstruos, y ya sabe la clase de cosas que ocurren.

—Me hago cargo.

—¿Puedo pasar por su oficina para firmar el contrato?

—Lo siento, pero ya es tarde.

¡Oh, no!

Lo tengo casi comprometido.

Entonces, no ha firmado ningún contrato.

Pero me debo al nuevo cliente. Ya se lo advertí, señorita Carroll. Había una larga lista. Esta tarde irá el cliente a ver el apartamento.

—Pero yo estoy antes que él.

—Pasó su turno, señorita Carroll.

—Usted puede decirle a ese cliente que hubo un error, cualquier cosa. Yo lo vi primero, señor Parker y me lo quedo.

—Perdone, señorita Carroll, pero le insisto que nuestra agencia es muy seria... Somos bien conocidos por mantener nuestra palabra. Le dijimos al señor Russel que podía visitar el apartamento y él nos aseguró que no lo haría hasta esta tarde. Si el señor Russel no da su conformidad para alquilar el apartamento, usted y yo podríamos volver a hablar del asunto.

—Está bien, señor Parker.

—Ya sabe que nos tiene a su disposición...

—Oh, perdone, señor Parker. ¿A qué hora irá el señor Russel al apartamento? Lo digo por llamarle a usted más tarde.

—Dijo que hacia las seis.

—Gracias.

Elizabeth colgó y más tarde se dedicó con sus cinco sentidos a interpretar el papel de la mujer víctima del conde-vampiro.

Pero había trazado un plan con respecto al apartamento 66 de la casa de las Cuatro Almenas, donde ella había visto a un hombre moribundo, víctima de un asesinato.

CAPÍTULO IV

Ya estaba otra vez allí. En la casa de las Cuatro Almenas. Y ahora el portal estaba más oscuro que antes porque estaba anocheciendo.

No vio a Baker, y eso le pareció estupendo, porque no quería hablar con él. Naturalmente, tampoco podía, subir en el ascensor.

Consultó su reloj. Pasaban cinco minutos de las seis. Aquel hombre, Russel, tenía que estar ya allí.

Subió la escalera y, después de recuperar el resuello, se acercó a la puerta marcada con el número 66. Puso la mano en el tirador y lo hizo girar.

La puerta obedeció a su impulso.

Abrió suavemente, despacio. Vio un trozo de *living*, pero allí no había nadie.

Terminó de abrir y pasó al interior. El *living* estaba desierto.

De pronto se sintió aterrorizada.

«Elizabeth, eres una atrevida. ¿Y si las cosas no saliesen como tú crees? Todos los asesinos regresan al lugar en donde han dejado a su víctima. Podrías encontrarte con él y habría otra víctima... ¡Y esa víctima serías tú!».

Se puso una mano en la boca para no gritar.

Tenía demasiada imaginación. Eso era lo que le pasaba.

Oyó un gruñido.

Eso la paralizó.

El gruñido venía del dormitorio. Estaba segura.

¡Harry Lombard!... ¡Allí estaría Harry Lombard!... ¡Y estaría agonizando!...

Eso era una tontería. Una persona no podía agonizar tantas horas. Además, había visto a Lombard Una vez, pero luego no lo vio. Como si se hubiese convertido en humo.

Echó a andar hacia el corredor.

Un paso, otro. Se estaba aproximando a la puerta del dormitorio.

¿Debía hacer notar su presencia? De ninguna forma. Si era el asesino, también la quitaría de en medio.

Oyó otro gemido.

Se asomó de golpe.

Un hombre se estaba meciendo en la cama con las manos en la nuca.

—Un buen colchón —dijo sin darse cuenta de que ella estaba allí.

Elizabeth carraspeó haciendo notar su presencia.

Aquel hombre la miró, aunque continuó meciéndose.

—Hola —dijo ella saludando con dos dedos de la mano.

—Hola —le contestó él.

—Es una buena cama, ¿verdad?

—Oh, sí, ¿quiere probarla? Hay sitio para los dos.

—Es usted muy amable. Pero no vine a eso.

—¿No? Qué lástima.

—Perdone que le interrumpa.

—No se preocupe. Estoy acostumbrado. Una vez fui a alquilar un apartamento y me salió de un armario un camello.

—¿Es posible?

—El anterior inquilino era árabe. Ya sabe, de esos que están en la ONU... La camella de su jefe había tenido camellitos y, como en el hotel estaban prohibidos, tenían escondidos a los pequeños.

—Lo comprendo.

—De modo que verla a usted, no me causa asombro después de aquello. Además, usted no tiene nada de camello.

—Otra vez le doy las gracias.

—Y espero que no se la dejase olvidada el anterior inquilino.

—No, tampoco me olvidó.

—Yo tampoco la olvidaría a usted.

—Muy amable.

Elizabeth lo estaba observando. Sus facciones eran correctas, varoniles; el cabello negro, los ojos como el alquitrán, y tenía un hoyuelo en el mentón.

El saltó de la cama y se puso en pie.

Demonios, qué alto era.

—Perdone, señorita. Me gustaría ofrecerle algo. Pastas, *whisky* o algo así para celebrar este encuentro. Pero no tengo nada a mano.

—Se lo agradezco de todas formas.

—Le habría dado solemnidad a este acto. Es la primera vez que conozco a una mujer en un dormitorio. Permítame que me presente, Michael Russel, Mike para los amigos.

—Elizabeth Carroll.

—Encantado, Elizabeth.

—Encantada, Mike. Verá, quiero darle una explicación.

—¿La hay? No me decepcione.

—¿Por qué dice eso?

—Porque pensé que sería una aparición.

—¡No me hable de apariciones!

—¿Es nerviosa?

—En ciertas circunstancias, mucho.

—Está bien, deme la explicación.

—Yo busco un apartamento... Quiero decir que me envió la Agencia Parker... Supongo que a usted también.

—Supone bien.

—Perdone, señor Russel, pero tengo que darle una mala noticia.

—Dígala entonces, cuanto antes.

—Quiero este apartamento para mí.

—¿Ya está?

—Sólo eso.

—¿Lo contrató, señorita Carroll?

—Todavía no.

—Entonces, yo le daré otra mala noticia, Elizabeth. Me quedo con el apartamento.

¡Oh, no!

—Lo siento, pero es lo que he estado buscando.

—¿Esta birria?

—¿Cómo?

—Pero si es monstruoso. Mírelo, bien, Mike. Parece que de un momento a otro vaya a salir por una de sus paredes Drácula o el hombre Lobo.

—Me gustan las emociones fuertes.

—Pero no le gustará pasar miedo.

—No soy miedoso.

—Me imagino que en algunas ocasiones, lo pasará.

—No he ido a la guerra, Elizabeth. Hice el servicio militar, pero me libré del Vietnam.

—Mike, yo necesito este apartamento.

—¿La echaron de donde estaba?

—No, no es eso. Estoy en un hotel.

—¿Cuánto tiempo lleva allí?

—Seis meses.

—Entonces puede continuar unas semanas más, hasta que encuentre algo como esto.

—No encontraré nada. ¿Cree que puede haber algo como esto en Nueva York?... Oh, no, Mike, no podría encontrar otro apartamento más horrible.

—¿Por qué, si es horrible, le interesa tanto?

—¿No me ha identificado todavía?

—No.

—Y yo creí que era famosa.

—¿Lo es?

—Soy actriz de televisión. Trabajo en la serie «Noches de terror».

Mike se echó a reír, y ella protestó:

—¿Es que lo encuentra divertido?

—Mucho.

—Me han asesinado dos veces y, casualmente ahora me está chupando la sangre un vampiro.

—Una suerte para él.

—No lo crea. El vampiro ha tenido un flemón durante tres días y, cada vez que se inclinaba para morderme, me inspiraba lástima el pobre. Tenía que sobreponerme mucho para poner cara de miedo.

—Ya he oído que los artistas han de vivir su papel y olvidarse de la realidad.

—Como le iba diciendo, la serie «Noches de terror» está llamada a obtener un gran éxito. Ya hemos pausado el telefilme piloto y se están recibiendo millares de cartas. Todas ellas nos alientan a proseguir... Vamos a filmar veintitrés episodios, pero se calcula que llegaremos a los cuarenta.

—Enhorabuena.

—Quiero decirle algo, Mike. Es respecto a eso. Debo vivir en un lugar que me recuerde el ambiente en que tengo que realizar mi trabajo. Usted me entiende, ¿verdad?

—Sí, pero lo considero una tontería.

—No diga eso. No es ninguna tontería. ¿No conoce el método de Stanislavsky?

He oído hablar de él. Fue un gran director ruso.

—Exactamente, Mike... Según Stanislavsky, el actor debe vivir su papel como si realmente le pasasen a él las cosas... Imagínese; a mi viviendo en este apartamento... Durante el tiempo que permanezca aquí, estaré sobrecogida, mirando aterrada a un lado y a otro, esperando ver una aparición horrible.

Mike se pellizcó el mentón.

—La entiendo.

—Oh, cuánto me alegro, Mike. Es usted estupendo.

—Y se me ocurre una idea. Alquilaremos el apartamento juntos.

—¿Cómo ha dicho?

—Los dos.

—¿Cómo se le ha ocurrido semejante idea?

—Yo quiero este apartamento. Usted también lo quiere. Podíamos formar una sociedad.

Elizabeth levantó la barbilla y dijo con aire ofendido. —Señor Russel, yo no hago esta clase de sociedades.

—Qué pena.

—Usted tiene una idea muy equivocada de lo que es una actriz. Piensa que porque una se gana la vida sobre un escenario, o rodando en unos estudios, está dispuesta a hacer... ciertas cosas.

Mike dio un suspiro.

—Tendrá que seguir buscando, señorita Carroll.

Los ojos de Elizabeth despidieron chispas.

—¿Es su última palabra, Mike?

—Es mi última palabra.

—No es usted un caballero.

—En cuestión de alquileres de apartamentos, hoy día no puede haber caballerosidad.

—Si lo considera así, entre nosotros está dicho todo.

La joven dio media vuelta y echó a andar.

Salió del apartamento y cerró tras de sí.

Estaba más furiosa que nunca. Se detuvo un instante con la idea de volver y decirle a Mike Russel unas cuantas cosas. Pero ¿qué iba a ganar con eso? Mike Russel era un hombre odioso y estaba dispuesto a quedarse con el apartamento.

Una idea le cruzó por la mente, y bajó muy aprisa las escaleras.

—¿Qué hace usted aquí, señorita Carroll?

Elizabeth dio un respingo porque Baker había aparecido junto al ascensor, como si hubiese estado allí escondido esperando a que ella llegase.

—Señor Baker, me ha asustado.

—Le he preguntado qué hace aquí.

—Vine a ver el apartamento. —Le di la llave a otro cliente.

—Ya lo conocí.

—Debería tener cuidado, señorita. Hay juegos que son peligrosos.

Aquellas palabras conturbaron a Elizabeth.

¿Qué quiere decir, señor Baker?

—Sólo lo que dije.

La joven no quiso seguir hablando con aquel hombre que le impresionaba tanto, porque su cara seguía siendo inexpresiva, con sus ojos grandes que parecían los de un pez monstruoso.

Siguió andando y salió a la calle.

—¡Taxi! —dijo.

Entró en el vehículo y dio al conductor la dirección de la Agencia Parker.

CAPÍTULO V

Elizabeth fue introducida por una secretaria en el despacho de John Parker.

Éste se levantó de la mesa. Era un hombre de talla mediana.

—¿Usted aquí, señorita Carroll?

—Está todo arreglado, señor Parker.

—¿A qué se refiere?

—¿A qué va a ser? Al apartamento 66 de la casa de las Cuatro Almenas. Mike Russel renunció.

—¿Renunció?

—¿Por qué le extraña?

—Porque estaba muy contento cuando le dije que había un apartamento libre en aquella casa. Me aseguró que se lo quedaría.

—Cambió de opinión.

—¿Y por qué cambió?

—Es la mar de sencillo. No le gustó el mobiliario, el ambiente. En cambio a mí me chifló.

Qué hermoso es todo aquello. Me sentiré como en mi casa.

—¿Y cómo era su casa, señorita Carroll?

—Estaba en el campo. Teníamos cerca un riachuelo de aguas alegres, y en el pasto siempre había vacas.

—Oiga, eso que describe, ¿tiene algo que ver con el apartamento de la casa de las Cuatro Almenas?

—Naturalmente.

—Pero en el apartamento no hay un riachuelo de aguas alegres, ni tampoco hay un prado verde, y cono no se lleve allí una vaca...

—Me la llevaré.

—Oh, no, no puede. Están prohibidos los animales. Es una casa muy seria.

—Está bien, señor Parker. Por usted y por la seriedad de la casa, renunciaré a la vaca.

Alárgueme el contrato. Lo voy a firmar.

Parker se rascó una oreja, por detrás.

—De acuerdo lo firmaremos... En ciento cincuenta dólares.

—Dijo usted ciento veinticinco.

—¿Lo dije?... No es posible.

—Señor Parker, no trate de encarecer la vida. Eso es ir contra el prójimo y el prójimo es una cosa muy importante.

—De acuerdo, señorita Carroll. No continúe. Ciento veinticinco dólares por el prójimo.

Elizabeth firmó el contrato y luego lo hizo Parker. Después ella pagó un mes y dejó unos dólares en depósito.

La joven sonrió satisfecha mientras observaba las dos firmas en el documento.

En ese momento se abrió la puerta de golpe y entró Mikel Russel gritando:

—¿Qué es lo que pasa aquí, señor Parker?

Parker dio un respingo.

—Señor Russel, no pasa nada.

—Ah, creí que me la habían jugado.

—Sólo pasó que firmé el contrato con la señorita Carroll.

—¿El contrato? ¿Qué contrato?... ¡No, no me lo diga! Déjeme adivinarlo. ¿Quizá es el contrato de arrendamiento del apartamento 66 de la casa de las Cuatro Almenas?

—Sí, señor Russel.

—¡No puede arrendarlo!

La joven empezó a doblar su documento para guardarlo en el bolso.

—Está arrendado, señor Russel —dijo con voz belicosa.

—¡Traiga ese papel!

—¡Y un cuerno, se lo voy a dar!... ¡Es mío!... ¡Mío! Mike agitó un dedo ante la cara de Elizabeth. —Señorita Carroll, ¿sabe lo que es usted?

—Me han dicho muchas cosas. Puedo soportar un insulto más.

—¡Una tramposa!

—Su ofensa no me da frío ni calor.

—Yo le voy a dar calor.

—¿A sí? ¿Y de qué forma?

—Pegándola una azotaina donde más le duela.

—Señor Parker, ¿ha oído eso?

—Sí, lo he oído.

—Gracias. Será mi testigo. —¿Su testigo, para qué?

—Demandaré al señor Russel por amenazarme con daños físicos.

Russel hizo rechinar los dientes.

—Señorita Carroll, quiero tener paciencia con usted.

—Le conviene.

—¡Yo quiero ese apartamento!

—Pues haga cola.

—¡Ya la hice! ¡Y me llegó el turno!

—No, no le llegó el turno, puesto que yo estaba antes que usted... Dígaselo, señor Parker. ¿Quién estaba antes?

—Usted, señorita Carroll.

—¿Lo ha oído, señor Russel?

—¡Yo estaba antes!

—Pero usted renunció.

—En absoluto. Yo jamás renuncié al apartamento.

Russel miró furiosamente a Parker y éste, un poco asustado, empezó a dar la vuelta a la mesa.

—Cálmese, señor Russel.

—¡Usted es un traidor, señor Parker!

—No diga eso, hombre.

—Lo digo y lo mantengo... ¡Usted es un traidor!

—Dentro de poco quedará otro apartamento libre.

—¡Yo quería ese apartamento porque era mi apartamento!

La joven se deslizó con suavidad hacia la puerta y salió mientras Mike Russel le seguía gritando a John Parker.

Al llegar a la calle, sonrió nerviosa. Había ganado.

Ella sería la inquilina del apartamento del crimen. Se quedó seria. ¡Apartamento del crimen! Oh, no, no había ningún crimen. Qué tonterías más grandes se le ocurrían.

Fue a su hotel e hizo las maletas.

Otra artista, Linda Curtis, que también trabajaba en la televisión, pero en otro serial, apareció cuando Elizabeth estaba dispuesta a marcharse.

—¿Te vas, Elizabeth?

—Sí, al fin encontré un apartamento.

—¿Dónde?

—En la casa de las Cuatro Almenas.

—¡Dios mío!

—¿Qué te pasa, Linda? ¿Te encuentras mal?

—¿Es esa casa que has nombrado, la de las Cuatro Almenas?

—¿Qué pasa con ella?

—Da mala suerte.

—No me digas.

—Un actor muy bueno, Roger Warner, alquiló allí un apartamento.

—¿Y qué le pasó a Roger?

—Se volvió loco.

—¿Y cuándo ocurrió esto?

—Hace unos tres años.

—Bueno, imagino que se habría vuelto loco si hubiese vivido en cualquier otra parte.

—Pero no se volvió loco hasta entonces, y hay más. ¿No te han contado la historia de un pintor llamado Peter Holman?

—Recuerda que soy nueva en la ciudad.

—Ah sí, es cierto.

—¿Cuál es la historia de ese pintor? ¿También se volvió loco?

—Fue algo peor. A las cuatro semanas de estar allí se tiró por la ventana. Fue espantoso. Quedó como una tortilla.

—Casualidad.

—¿Tú piensas eso?

—¿Qué otra cosa puede ser?

—Oye, me han dicho que en aquella casa han ocurrido muchas más cosas. Se ha hablado hasta de fantasmas.

—¿Fantasmas?

—Sí, ya sabes, tipos que han muerto y que luego aparecen.

Elizabeth sintió que el frío se apoderaba de su cuerpo.

—¿Qué más se dice?

—Oye, yo tampoco estoy muy enterada. Pero si quieres saber algo más de la casa de las Cuatro Almenas, habla con mi amigo el periodista, Glen Holmes.

—Perdona, pero no tengo tiempo para hablar con tu amigo el periodista.

—Te aconsejo que no vayas allí.

—Oye, Linda, firmé el contrato y pagué el importe de un recibo más un depósito de cien. No estoy en situación de perder ese dinero. Y a mí me gusta la casa de las Cuatro Almenas.

No, no le gustaba nada. Se estaba engañando a sí misma.

Linda se encogió de hombros.

—Está bien, rica, cada una es libre de ir a donde quiera.

—Espero que vayas a verme.

—Ni lo pienses... Lo siento, Elizabeth, pero allí no voy ni atada. Ya nos veremos por ahí.

Suerte.

Linda salió del apartamento de Elizabeth.

La joven quedó pensativa.

El teléfono sonó estridentemente y dio un grito. Estaba muy nerviosa.

—¿Señorita Carroll? —preguntó una voz ronca.

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Un amigo.

—¿Qué amigo?

—Señorita Carroll. Usted ha contratado un apartamento en la casa de las Cuatro Almenas. No vaya.

—¿Cómo?

—Renuncie.

—Acabo de decir a una amiga que no puedo renunciar porque hice una inversión.

—Si renuncia, recibirá el dinero por correo.

—Oiga, ¿quién es usted?

—Ya lo he dicho que soy un amigo.

Elizabeth se echó a reír.

—Ya sé quién es usted... Mike Russel...

—No.

—Lo desenmascararé, señor Russel... Usted está simulando su voz. Yo sé cómo lo ha hecho. Poniendo un pañuelo en el micro. Es un truco muy gastado.

—Señorita Carroll. Debería hacerme caso. No vaya allí. No vaya o le pesará.

—Váyase al infierno.

—Quizá sea usted la que se vaya —dijo aquella voz ronca y

luego se interrumpió la comunicación.

Elizabeth permaneció unos instantes con el teléfono en la mano. Claro que sería Russel. Era la única persona, además de Parker y de Linda, que sabía que ella había tomado en arrendamiento el apartamento 66 de la casa de las Cuatro Almenas.

Colgó y dijo con decisión:

—No me la pegará, señor Russel.

CAPÍTULO VI

Elizabeth entró con sus maletas en la casa de las Cuatro Almenas.

Baker surgió de su escondite. Esta vez la joven lo esperaba.

—Hola, Baker.

El portero miró las maletas y luego a Elizabeth.

—¿Se ha quedado con el apartamento?

—Sí.

—¿Tiene el contrato?

—Lo tengo.

—Quiero verlo.

Elizabeth le enseñó el contrato que la convertía en la arrendataria del apartamento 66. —Sí, está en orden— dijo Baker, devolviéndoselo.

Entró en el ascensor con las maletas y, cuando se elevaba, vio que Baker la estaba mirando.

Entró en el apartamento y dejó las maletas en el suelo. Recorrió con la mirada el *living*.

Todo estaba igual que antes.

—Señor Lombard... ¿Está ahí, señor Lombard?

No obtuvo respuesta.

«Qué tonta soy... ¿Cómo va a estar aquí el señor Lombard si se fue al cementerio? Oh, no, qué digo. Al cementerio, no. Para ir al cementerio hace falta que a uno lo metan en la casa de las pompas fúnebres... Y el señor Lombard no estuvo allí primero. Qué nerviosa estoy... Ya hablo sola».

Pero oyó a su voz interior.

«Éste puede ser el comienzo, Elizabeth. Quizá es el mismo comienzo que tuvieron Roger Warner y el pintor Glen Holmes. Seguro que empezaron hablando a solas. Y luego uno de ellos se

volvió loco y el otro se lanzó por una ventana. ¿Estás segura de que salió?».

¿Y si lo hubiesen empujado? Cerró los ojos con fuerza.

«Te hace falta una ducha, Elizabeth. Te refrescará».

Pero antes quiso recorrer el apartamento. No encontró a nadie, y se detuvo ante la puerta condenada.

¿Qué habría allí detrás?

Simplemente, otro apartamento como el suyo. ¿No se lo había dicho Baker? La casa propiamente dicha había sido dividida en tres apartamentos, y éste, en el que ella se encontraba, era uno de ellos. ¿Por qué no había preguntado a Baker quién vivía en la otra parte? Eso tenía su importancia. Se lo preguntaría en la primera oportunidad que se le presentase.

Deshizo las maletas y decidió tomar la ducha.

Estaba sintiendo bajo su piel la caricia del agua templada cuando le pareció oír un chirrido.

¿O había sido efecto de su mente?

Cortó el agua y prestó atención.

Nuevamente la sangre se le heló en las venas porque creyó percibir el gemido de la madera del piso.

Y eso sólo podía ser debido a que alguien podía estar andando por allí... ¡En el corredor!

Rápidamente cogió su corta salida de baño y se la puso.

Otra madera gimió en el corredor.

Ya no podía tener ninguna duda.

¿Por qué no se había comprado una pistola? ¿Y por qué no un cañón, que era más efectivo?

Salió del baño y se acercó a la puerta, que había dejado entreabierta.

A la otra parte creyó percibir una respiración.

A su izquierda había un armario y recordó haber visto allí unas tijeras que el anterior inquilino, Lombard, se había dejado.

Levantó la mano, abrió el armario y sacó aquellas tijeras. Las empuñó con fuerza.

La puerta comenzó a abrirse.

Elizabeth se aplastó contra la pared.

Un hombre entró en el cuarto de baño.

Elizabeth se preparó para hundirle las tijeras en la espalda.

—Cu-cu —dijo el intruso avanzando hacia las coronas de plástico.

Elizabeth contuvo, en el último instante, el impulso de la mano que manejaba las tijeras.

—¡Leo!

El guionista Leo Sutton pegó un grito y se volvió.

—¡Elizabeth! ¿Qué haces con esas tijeras?

—Te las iba a clavar.

—¿A mí?

—A ti, estúpido.

—Muchacha, ¿no te habrás convertido en una asesina por vivir en esta casa de terror?

—Leo, ¿qué haces aquí? ¿Cómo supiste dónde encontrarme?

Pasado el susto, Leo miró las esbeltas piernas de la muchacha.

—Caramba, Elizabeth, estás muy atractiva con esa salida de baño.

—Te he hecho una pregunta.

—Oh, si... Fue la mar de sencillo. Llamé a tu domicilio y, como no me contestaban, marqué el número de Linda. Ella me lo contó todo. Te has venido a vivir a la casa de las Cuatro Almenas. Vine, pregunté al portero y aquí me tienes.

—¿Por qué has entrado sin llamar?

—¿Para qué iba a ser? Para sorprenderte en la ducha. Pero no he tenido suerte. Me lo ha dicho mi siquiatra. Siempre llego tarde cuando se trata de asuntos de mujeres.

—Me has dado un susto tremendo, Leo.

—Ven a mis brazos, ovejita.

Leo pretendió abrazarla, pero ella lo esquivó.

—Leo, juego de manos, juego de villanos.

—Eso lo dijo un tonto.

Sal al *living*.

¿Por qué al *living*? Estoy aquí muy bien.

Pero yo estoy muy mal. Me voy a resfriar.

—Dame una toalla. Yo te secaré.

—¿Quieres que te clave las tijeras?

—No eres una mujer de hoy. Nadie clava unas tijeras por defender su virtud.

—Yo soy de las de antes. ¡Al *living*, Leo!

—Está bien. Y yo que he traído una botella de champaña para celebrarlo.

—Dame unos minutos para vestirme.

Leo salió del cuarto de baño.

Elizabeth se secó con la toalla, y luego se dirigió al dormitorio en donde se vistió con suéter rojo y una minifalda blanca.

Leo lanzó un silbido al verla aparecer.

—Demonios, Elizabeth, tú siempre estás bien. Con salida de baño o con lo que te pongas.

—Dame champaña.

—Ahora mismo.

Leo abrió la botella y escanció en dos copas, que ya tenía preparadas en la mesa. Elizabeth apuró de un solo trago el contenido de la suya.

—Más, Leo.

—Estupendo.

Leo estaba sonriente. Aquello de que Elizabeth bebiese era algo nuevo. Elizabeth nunca quería beber en la fiesta y el champaña era lo mejor para convencer a una mujer.

Elizabeth bebió también aquella copa.

—Leo, ¿crees en fantasmas?

—Claro, y en lugares malditos.

—¿En lugares malditos?

—Desde luego. Si no creyese esas cosas, no podría escribir sobre ellas. Y también creo en otra cosa.

—¿En qué?

—En el amor.

Los dos se habían sentado en el diván y Leo se acercó un poco más a ella.

Elizabeth pareció no darse cuenta, porque estaba pensativa.

—Leo, ¿sabes que un actor se volvió loco en esta casa?

—Pobrecillo —dijo Leo y acercó su cara a la de la joven.

—Y un pintor se tiró por la ventana y se destrozó.

—Debió romperse las orejitas —se inclinó sobre ella y la besó en una oreja.

—Y hay otras historias terroríficas relacionadas con esta casa. Tendré que llamar a Glen Holmes para que me cuente esas historias.

—No llares ahora a nadie. Estamos a solas. Ya somos bastante

los dos.

La besó en la mejilla y ella tampoco pareció darse cuenta.

Leo trató de besarla en la boca y entonces Elizabeth le dio un empujón.

—¿Qué haces, Leo?

—Colaborar contigo.

—¿Colaborar en qué?

Creí que tenías miedo.

Lo tengo. Y tú también deberías tenerlo, Leo. —Un hombre no tiene miedo. Y yo soy un hombre, aunque tú todavía no te has dado cuenta.

De pronto sonó algo parecido al arrastrar de una cadena.

Los dos se quedaron inmóviles.

—¿Has oído eso, Leo?

—¿Qué cosa? —tartamudeó él.

—Un arrastrar de cadenas.

Leo tragó saliva.

—Sí, lo he oído todo. Deben estar remolcando un coche que se averió.

—Vivo en un tercer piso. Leo. Eso no puede ser.

—Demonios, podías haber dicho que sí.

En aquel momento se oyó otra vez el arrastrar de las cadenas.

—¿De dónde viene eso, Elizabeth? —Del corredor.

—¿Quieres decir que aquí dentro?

—Sí, Leo. Aquí dentro.

Leo pareció perder toda su entereza.

—Elizabeth, ¿quién es tu colaborador?

—¿Cómo?

—Estás de acuerdo con un tipo para meterme miedo. Dime que es eso. Que has metido aquí a un fulano para que te ayude a defender tu virtud.

—Ojalá fuese eso.

—¿No?

—No.

Leo se levantó de un salto.

—¿Dijiste algo de un actor que se volvió loco?

—Sí.

—¿Y de un pintor que se tiró por la ventana?

—Sí.

—¡Elizabeth...! ¿Cómo se te ha ocurrido venir a *vivir* a una casa tan espantosa?

»¡Y dijiste que... —Leo tartamudeó—, que te encontraste aquí a un muerto!

—Con un moribundo...

—Da lo mismo que se muriese antes o después. No me gustan los muertos. No me gustan nada.

—A mí tampoco, Leo.

—¡Es él...! ¡El muerto que viene con sus cadenas! ¡Es horroroso...! ¡Horroroso...!

—Pero tú has dicho que eres un hombre y que no tienes miedo, Leo.

—¡Tengo miedo!

—Leo, recuerda que tú escribes sobre estas cosas.

—¡Pero ninguna pasa en la realidad!

—Estás acostumbrado a los fantasmas, a los monstruos, a muros que se mueven y dejan al descubierto pasadizos...

¿Dónde está...? ¿Dónde está el pasadizo...?

Todavía no se movió ningún muro, Leo.

Pues que no se mueva... ¡Que no se mueva!

En aquel momento se fue la luz.

—¡Elizabeth!

—¿Qué pasa, Leo?

—¿Por qué apagaste la luz?

—¡Yo no la apagué! ¡Estoy a tu lado!

Se oyó otra vez el arrastrar de cadenas.

—¡Ya viene...! ¡Ya viene...! —gritó Leo.

—¡Que no venga, Leo...!

De pronto se oyó una voz:

—Elizabeth.

Leo gritó:

—¡Yo me largo!

—No, no puedes dejarme ahora...

—¡Te llama a ti, Elizabeth...! No a mí...

—¡Abrázame, Leo!

—¡No me da la gana!

—¡Es tu ocasión!

—¡Yo, paso!

Otra vez se oyó la voz grave:

—Elizabeth...

—Hasta la vista, Elizabeth —dijo Leo y echó a correr hacia la puerta.

—¡No te vayas, Leo!

—¡No me gusta echar a perder una cita!

Leo, en su carrera, tropezó con una silla, pegó un chillido y rodó por el suelo.

—¡Ya me han cogido! ¡Ya me han cogido! ¡Socorro, Elizabeth!

La joven también corrió hacia la puerta.

—¡No me dejes solo, Elizabeth...! ¡Me ha cogido del cuello! ¡Me ha cogido!

Elizabeth encendió la luz.

Leo se estaba debatiendo en el suelo, con las manos en el cuello.

—Tranquilízate, Leo. No tienes a nadie.

—¿No?

—Son tus manos, Leo.

Los ojos de Leo parecían dos huevos duros, porque se estaba ahogando él mismo.

Apartó sus manos de la garganta.

—¿Qué pasó, Elizabeth? ¿Dónde está?

—No hay nadie. Nada más que nosotros.

—¿Y el tipo de las cadenas?

—Se marchó.

Leo se puso en pie tambaleándose y se dejó caer en el diván.

Elizabeth acudió a su lado. Le acercó la copa y Leo bebió con labios temblorosos y derramó parte del contenido sobre su pechera.

—¿Qué malito estoy, Elizabeth... Llévame a la Morgue... ¡No, no, a la Morgue, no! Al hospital...

En aquel momento llamaron a la puerta.

Leo pegó un salto en el sillón.

—¡Ya está ahí otra vez! —Se agarró al cuello de Elizabeth—. ¡No me dejes...! ¡No me dejes!

Llamaron otra vez a la puerta.

Leo se agarró más fuerte al cuello de Elizabeth.

La puerta se abrió y Elizabeth vio asombrada en el hueco a Mike Russel.

CAPÍTULO VII

—Buenas noches —saludó Mike Russel.

Arrugó el ceño al ver a Elizabeth y Leo tan agarrados en el sillón.

—Perdonen si interrumpo su escena de amor, señorita Carroll.

—¿Amor? —gritó Leo—. ¡Que se cree usted eso!

Elizabeth forzó una sonrisa.

—Leo, no digas esas cosas. Justamente me estabas besando. Y con qué pasión, hijo. Deberías contenerte un poco. ¿Qué van a pensar de nosotros?

Leo la escuchaba con la boca abierta, el rostro crispado, porque todavía estaba bajo los efectos del terror.

—Elizabeth, qué malito estoy —repitió.

—Claro, te pone malito mi proximidad. Y con qué calor lo dijiste.

—¿Se puede? —dijo Mike y entró en el apartamento, cerrando a su espalda.

Elizabeth se puso en pie y Leo, al faltarle el apoyo, se cayó al suelo.

—Señor Russel —dijo la hermosa actriz—, ¿no ve que molesta?

—Cuánto lo siento.

—¿Qué viene a hacer aquí? —Los ojos de Elizabeth se agrandaron—. ¡Usted...! ¡Usted es el fantasma...!

—¿Qué?

—El de las cadenas.

—No sé de qué me habla.

—No lo niegue. Hace un momento estuvo usted haciendo el numerito del muerto.

—¿Qué numerito y qué muerto?

—Señor Russel, es usted un miserable.

Leo se levantó envalentonándose.

—Y es algo más, señor Russel.

—¿Qué cosa, rubio?

—¡Un entrometido, un farsante y un gusano!

Mike echó a andar hacia Leo.

—Le voy a hacer tragar esas palabras.

Leo corrió tras el diván.

—¡Me las trago...! ¡Me las trago...!

Elizabeth se interpuso en el camino de Russel.

—¡Párese ahí, señor Russel!

Mike se detuvo.

—¿Es que no ha oído lo que me ha dicho, Elizabeth?

—Yo tengo algo más que decirle. ¿Por qué entró usted aquí?

—Llamé a la puerta.

—Sí. Llamó a la puerta, pero yo no le autoricé a entrar. Y si está aquí, significa que está violando mi domicilio.

Señorita Carroll, he venido con buenas intenciones.

¿Y cuáles son esas buenas intenciones?

Que firmemos la paz.

Yo firmé ya un contrato de arrendamiento y eso es lo que vale. ¿Lo entiende, señor Russel? ¡Es lo que vale!

—He venido a ofrecerle más dinero del que usted pagó.

—¿Qué?

—Lo que oye, Elizabeth. Pagó ciento veinticinco dólares por mes. Yo le daré ciento cincuenta.

—Ni hablar.

—Ciento setenta y cinco.

—Búsquese otro apartamento.

—Doscientos.

Leo gritó:

—¡Doscientos a la una...! ¡Doscientos a las dos...! ¡Concedido el apartamento con el muerto al señor Russel por doscientos dólares a las tres!

—Leo, no te metas en esto —gruñó Elizabeth.

—Es tu gran oportunidad para desembarazarte del tipo de las cadenas.

—¿Es que no te has dado cuenta de que el tipo de las cadenas es

Russel...? Quiere conseguir este apartamento, pero antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver. —¡No lo digas, Elizabeth...! ¡No lo digas!

—Pero ya lo he dicho.

—Pues yo me largo.

—No, Leo. No te vayas.

—Quiero llegar cuanto antes a mi casa.

—¿Para qué?

—Para que me cuiden.

—Pero si tú eres soltero.

—Llamaré a Rose, a Peggy, a quien sea. Y te aseguro que todas ellas están ansiosas por cuidarme.

—No quiero que me dejes sola con este hombre.

Leo respiró profundamente.

—Señor Russel, ya lo ha oído. Será mejor que se marche.

—¿Y si no, me va a echar usted?

—Hombre, no se ponga así. Yo no estoy en estos momentos para echar a nadie, Elizabeth dio una patada en el suelo.

—Leo, eres un cobarde.

—Puedes decirme lo que quieras. Pero me largo. No estoy un minuto más en esta casa. Leo se marchó corriendo hacia la puerta.

La joven gritó:

—¡Leo, si te marchas, no quiero volver a verte!

—Mañana te habrá pasado, querida.

Leo abrió la puerta y salió sin detenerse.

Mike sonrió y acercóse a la mesa donde estaban las copas de champaña.

Fue una fiesta agradable, Elizabeth.

Hasta que llegó usted.

¿No me ofrece un trago?

Claro que no.

—No es muy hospitalaria.

—¿Qué es lo que pretende? ¿Quizá emborracharme para conseguir que le ceda el apartamento?

—No sería mala idea.

—Llegó tarde. No queda champaña.

—Puedo comprar otra botella.

Elizabeth entornó los ojos mientras observaba el rostro de Mike.

Caramba, qué guapo era aquel hombre, Y qué viril. Pero ¿por qué tenía tanto interés en el apartamento? Ni siquiera sabía a qué se dedicaba Mike Russel. ¿No sería estupendo que ella desentrañara aquel misterio con respecto a Mike Russel? Una botella de champaña sería lo mejor para que él contestase a sus preguntas.

—De acuerdo, Mike.

Russel la miró con aire de sospecha.

—¿Está de acuerdo, Elizabeth?

—Eso he dicho.

—Creo que la entiendo. Yo saldré a comprar la botella de champaña y usted echará la llave a la puerta para que no pueda entrar.

—No haré tal cosa.

—Prométalo.

—Prometido. Usted mismo abrirá la puerta. No hace falta que llame.

—Trato hecho.

Mike salió del apartamento.

La joven, al quedar a solas, dio un suspiro.

Mike Russel valía mucho más que Leo Sutton, ¿cómo hombre simplemente? Oh, no, en todos los sentidos. Pero ¿qué sabía de Mike Russel? ¿No se estaba pasando de la raya porque Mike Russel le había interesado?

«Cuidado, Elizabeth. No te has enamorado desde que te pegó el flechazo el profesor de Historia. ¿No recuerdas la semana que te pasaste llorando porque el profesor de Historia se casó? Deseaste morirte muchas veces. Qué enorme tragedia. No te puede volver a pasar lo mismo. Los hombres son todos iguales, unos aprovechados. Ahí tienes a Leo Sutton, que ha estado dando vueltas alrededor de ti para conseguir una buena tajada».

Pero tú le supiste parar los pies. Deja de pensar en Mike Russel, Elizabeth. De pronto, oyó una voz. No se trataba de su conciencia.

—Elizabeth.

Era la misma de antes. La voz grave, cargada de amenazas.

—¿Quién me habla?

—Yo, Elizabeth.

—¿Quién es usted...? ¿Dónde está?

—Tienes que marcharte de aquí.

—¿Por qué?

Para que no te ocurra lo que al actor, lo que al pintor, lo que me pasó a mí mismo. ¿Quién es usted?

¿No sabes quién soy?

¿Harry? ¿Harry Lombard...?

—Sí.

—Señor Lombard, quiero verlo... ¡No, no quiero verlo...!

Se oyó una carcajada siniestra.

—¿De qué se ríe? —preguntó la joven.

Aquel hombre siguió riendo, pero la carcajada se fue perdiendo a lo lejos.

Elizabeth no pudo resistirlo. Echó a correr hacia la puerta y la abrió de golpe. Tropezó con Mike, que venía con la botella.

—¡Oh, Mike...!

—¿Qué te pasa, Elizabeth? —La tuteó.

La joven se aplastó contra el pecho varonil.

El la abrazó contra sí.

—Una voz me habló, Mike.

—¿Una voz? ¿Volvió Leo?

—No, no fue Leo. No sé de dónde sale la vos, Me habló antes ya.

Ella se retiró mirándole a los ojos.

—Mike, ¿lo hiciste tú?

—Yo estaba comprando la botella de champaña.

—Has podido hacerlo con una grabadora. ¡Eso es! ¡Tienes una grabadora escondida en una parte del apartamento! Tú la dejaste allí. Me quieres atemorizar para que acepte tu oferta.

—No, Elizabeth.

—No té creo —dijo ella, y volvió a entrar.

Russel la siguió y cerró tras de sí.

Elizabeth se volvió en medio de la estancia. —¿Quién eres tú, Mike?

—Vaya, te interesas por mí.

—¿Quién eres?

—Mike Russel, de veintiocho años de edad, soltero, nacido en Chicago. De profesión, agente de seguros.

—¿Agente de seguros?

—Sí. ¿Tiene algo de malo?

—No, no tiene nada de malo, si es verdad.

—¿Y por qué no ha de serlo?

—No sé. No pareces un agente de seguros.

—Sin embargo, lo soy... Te puedo mostrar mi tarjeta de identidad.

—Ya me la enseñarás luego. Prefiero que ahora me contestes a otra pregunta.

—Adelante, señorita policía.

—¿Por qué tienes tanto interés en quedarte con este apartamento?

—¿Y por qué lo tienes tú?

—Yo te pregunté primero.

—Te confesaré algo, Elizabeth. En realidad, no tenía mucho interés por este apartamento. Necesitaba uno y es por lo que acudí a la agencia Parker. No habría tenido inconveniente en cedértelo, pero...

—Continúa.

—Tú tuviste la culpa.

—¿Yo?

—Me gustaste.

—¿Quieres decir que al verme es, cuando sentiste la necesidad de quedarte con él para discutir conmigo?

—Sí, eso es.

Elizabeth guardó silencio mientras observaba el rostro de Mike, pero su voz interior ya le estaba diciendo:

«Cuidado, Elizabeth, este hombre es peor que, el profesor de Historia. Aquello fue una novela romántica comparada con lo de ahora. Te gusta a rabiar, no lo disimules. Mike Russel es muy distinto al profesor, porque, en primer lugar, resulta varonil. Y en segundo lugar, tiene una forma de reír y mirar que a ti te encanta. Como te descuides un poco, serás mujer al agua».

Mike descorchó la botella de champaña y llenó las copas.

—Propongo un brindis —dijo él.

—¿Cuál?

—Por nosotros. Por nuestra amistad y porque perdure.

Los dos bebieron.

Ella se sentó en el sofá y cruzó las piernas.

Mike fue a su lado. Los dos se miraron y rieron, aunque ninguno de los dos sabía por qué reía el otro.

—Mike —dijo ella—, yo también te haré una confesión.

—Que te gusto.

—No, que encontré un muerto.

—¿Te refieres al muerto de que habló Leo?

—Sí.

—¿Por qué no me lo cuentas todo?

Elizabeth repitió su historia y cuando hubo terminado, él guardó silencio.

—¿Es que no me crees como Alan Baker?

—Claro que te creo.

—Lo dices como si yo estuviese chiflada.

—Pero el cadáver desapareció.

—Claro que desapareció.

—¿Y por dónde se lo llevaron?

Elizabeth hizo chasquear los dedos.

—Por la puerta.

—¿Por ahí? —señaló Mike la del apartamento.

—No, por la puerta condenada que hay en el corredor.

—¿Una puerta condenada? No lo sabía.

—Esta casa se dividió en tres apartamentos.

—Quiero ver esa puerta.

Fueron al corredor y Elizabeth se la mostró.

Mike puso la mano en el tirador y la hizo girar para abrir pero no lo consiguió.

—Efectivamente, está condenada.

—¿Y si el vecino de al lado puede abrirla desde su cuarto? —preguntó Elizabeth.

—¿Quién es el vecino?

—No lo sé.

—Iré a hablar con el portero.

—No quiero quedarme sola.

—Volveré en un par de minutos.

—De ninguna forma. Me voy contigo.

—Como tú quieras.

Bajaron la escalera.

La portería estaba cerrada y Mike llamó.

Pasaron unos segundos y Alan Baker abrió aquella puerta.

—¿Qué hay, señorita Carroll? Ah, hola, señor Russel... ¿Usted

aquí?

—Es mi invitado —dijo Elizabeth—. Quería preguntarle algo, señor Baker.

—Usted dirá.

—¿Quién es mi vecino, ya sabe con el que comparto la puerta condenada?

—Alex Dreyer.

—Hábleme de él.

—Es un hombre de unos cincuenta años, talla mediana... ¿Por qué lo pregunta? ¿Acaso le ha molestado?

—Todavía no lo sé. ¿A qué se dedica el señor Dreyer?

—Está jubilado. Trabajaba en el circo. Hacía juegos de manos. Era un mago.

—¿Un mago?

—De esos que hacen desaparecer las cosas.

—¿Imita voces?

—Puede formar parte de los números de un mago, ¿no le parece?

—No lo puedo saber porque no lo conozco. ¿Vive solo?

—Con un loro. Se llama «Robinson». Es muy listo.

—¿Está ahora en casa el señor Dreyer?

—Apenas sale. Pero sería mejor que lo dejase tranquilo, señorita Carroll. Al señor Dreyer no le gusta que le molesten. El señor Dreyer es un poco insociable.

—Gracias, no lo preguntaba por darle una fiesta.

Elizabeth y Mike subieron en el ascensor y volvieron a entrar en el apartamento.

—Ya sabes quién es tu vecino, Elizabeth. Y eso explicaría muchas cosas... El arrastrar de cadenas, las voces...

—¿También la desaparición del muerto?

—¿Por qué no? En el circo quizá hacía desaparecer a las personas.

—No está mal.

—Tengo una idea, Mike.

—¿Cuál?

—Iré a ver a Alex Dreyer.

—Pero ya oíste a Baker. Es un hombre insociable.

¿Y a mí qué me importa?

Entonces, yo te acompañaré.

—No, iré sola.

—¿No tienes miedo?

—Claro que tengo miedo. Pero sabiendo que tú estás aquí, si me veo en apuros, pediré auxilio.

—Tendré la puerta abierta.

—Estupendo... Pediré azúcar. Eso es.

Cogió una taza de la cocina y se dispuso a salir del apartamento.

Mike la tomó por un brazo.

Elizabeth dejó que él acercase su cara a la de ella.

—¿No crees que arriesgas demasiado, Elizabeth?

—Quiero saber lo que le pasó a Harry Lombard.

—Cuídate.

—Me cuidaré.

Mike le dio un beso en la nariz y ella se retiró como una sonámbula.

Ya en el corredor, se encaminó hacia la puerta que había más allá. Pero antes de llegar se tocó la nariz en donde él la había besado.

Pulsó el timbre.

Transcurrieron no menos de treinta segundos antes de que le abriesen.

CAPÍTULO VIII

Vio a aquel hombre. Se cubría con un batín. Era efectivamente de talla mediana, de cabello blanco, pero poseía un rostro que inspiraba miedo. Le recordó una imagen del diablo, porque sus rasgos faciales eran muy pronunciados, las cejas espesas, la nariz aguileña, los labios recogidos por las comisuras.

—¿Qué quiere?

—Soy Elizabeth Carroll, su nueva vecina.

—¿Y qué?

Era grosero, pero su voz no le recordaba a aquella otra que había oído en su apartamento.

—¿Me da un poco de azúcar, señor Dreyer? Me quedé sin él.

—¿Quién le ha dicho mi nombre?

—Baker.

—Ese portero podía meterse en sus asuntos.

—Perdónelo, señor Dreyer. Fui yo la que le pregunté a Baker.

—Deme esa taza. Le traeré el azúcar.

—Es usted muy amable.

Dreyer le arrebató la taza de un tirón y desapareció en el interior.

Pero dejó la puerta abierta y Elizabeth pasó dentro.

Se quedó asombrada al ver el *living*. Las paredes estaban llenas de pesadas cortinas con dibujos de estrellas y planetas. En la chimenea, sobre enormes troncos que ardían, había un enorme caldero, en el que bullía un líquido.

—¡Manos arriba!

Elizabeth pegó un chillido y levantó las manos.

—¡Ya estoy manos arriba! ¡No dispare!

—No se mueva.

—No me muevo.

No sabía de dónde venía la voz.

—Quítese la falda.

Entonces vio al loro que estaba en lo alto de un almohadón rojo y verde.

—¿Has sido tú, lorito?

—Quítese la combinación.

—Demonio, qué listo eres.

—Siga con el *strip-tease*.

—Y un cuerno voy a seguir haciendo eso. Eres un loro muy atrevido.

Se movieron unas cortinas y Dreyer apareció con la taza en la mano.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué entró?

—Perdone, señor Dreyer. Pero me invitó su loro... —mintió Elizabeth.

Dreyer miró al loro y le dijo:

—Te voy a cortar el pescuezo, «Robinson».

—Yo quiero ver el *strip-tease*.

Vas a ver otra cosa. Un cuchillo. Y usted, señorita Carroll, ya tiene su azúcar.

Muchas gracias —contestó Elizabeth, cogiendo la taza que le alargaba—. Le devolveré el azúcar mañana.

—No hace falta que me lo devuelva. Y ahora, adiós.

El loro intervino:

—¿Cuándo va a empezar el *strip-tease*?

—Silencio, «Robinson».

La joven se echó a reír.

—¿Formaba parte de su número, señor Dreyer?

—Claro que formaba parte de mi número.

—Debió de ser divertido.

—¿Divertido, dice? Debió de serlo para algunos, pero mi espectáculo era muy serio. El mejor que se ha visto sobre un escenario.

—Me gustaría saber qué es lo que hacía.

—¿Por qué? —repuso Dreyer agresivamente—. ¿Por qué le gustaría?

—Porque siempre me ha gustado el circo. He sido una entusiasta

y he admirado mucho a los artistas.

—¿Por qué trata de ganar mi amistad?

—Quizá porque me resulta simpático.

—¿Yo, simpático? Nunca lo he sido para nadie.

El loro dejó oír otra vez:

—Basta de charlar y que se quite la falda.

—¡Silencio, «Robinson»!

—¡Yo me muero...! ¡Yo me muero...!

—Muérete de una vez.

El loro movió la cabeza de un lado para otro y se puso a llorar como un chiquillo.

La joven rió.

—Estoy segura de que debió tener mucho éxito con «Robinson».

—Incorporé a «Robinson» el último año de mi espectáculo. Antes hacía mi número solo... Bueno, con ella.

—¿Ella?

—Mi esposa.

—¿La perdió, señor Dreyer?

—Podría decir que sí... Desapareció.

—¿Que desapareció?

—Eso es. ¡Y basta ya de preguntas!

—El señor Lombard también desapareció.

—¿Cómo dice?

—Que se hizo humo.

—El señor Lombard también se marchó.

—No, no se marchó. Quiero decir que no se marchó por su propia voluntad.

—No sabe lo que se dice, señorita Carroll.

—Claro que lo sé. Yo lo vi.

—¿A quién vio?

Al señor Lombard, naturalmente.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—No puede ser.

—Le repito que le vi. Fue esta mañana.

—¿Dónde le vio?

—En mi apartamento. Aquí al lado.

Los ojos de Dreyer se entornaron y parecieron más que nunca los

ojos del diablo, con aquellas cejas espesas que parecían ahora dos acentos circunflejos.

—Señor Dreyer. Le voy a decir algo más. Harry Lombard estaba herido y él me dijo que lo habían asesinado.

—Tonterías.

—Le juro que me lo dijo varias veces.

—¿Y dónde está él?

—Ya se lo dije. Desapareció.

—No puede ser.

—Usted dijo que su mujer desapareció.

—Se fugó con otro.

—¿Eh?

—Lo que oye, señorita. Se marchó con el levantador de pesas.

—Yo creí que...

—No me importa lo que usted creyese.

—Volviendo al señor Lombard, ¿por qué cree usted que dejó el apartamento y a los quince días apareció para que lo asesinaran?

—No sé nada.

—Sin embargo, parece saber algo.

El loro dejó de llorar y dijo:

—Ya estoy muerto, que me entierren.

—Cállate, «Robinson».

—Pues que se quite la falda.

—Caramba con el lorito —dijo Elizabeth—. Es un granuja.

—Márchese ya, señorita Carroll.

—¿No me quiere dar explicaciones acerca de la conducta del señor Lombard?

—No puedo. —No quiere.

—Señorita Carroll, ya me ha hecho perder demasiado tiempo.

—¿Qué era el señor Lombard?

—Perdone, pero quiero estar a solas.

—Se lo preguntaré a Baker. ¿No sería mejor que me ahorrara bajar la escalera?

Dreyer hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Está bien. Se lo diré. Harry Lombard era fotógrafo.

—¿Fotógrafo? ¿De qué clase?

—Se dedicó a trabajar para varias publicaciones. Hizo viajes a Europa. Pasó allí algunas temporadas.

¿Cuándo alquiló el apartamento 66?

Hace cosa de dos años.

No he visto nada en el apartamento que tenga que ver con la fotografía. Tenía el laboratorio en otro sitio.

—¿Dónde?

—En la calle 62 Este, 234.

—¿Hizo usted amistad con él?

—Muy poca.

—¿Casado?

—No, de vez en cuando traía a alguna chica. Daban la impresión de trabajar con él.

—¿Por qué daban esa impresión?

—Parecían modelos. Eran chicas muy atractivas... Como usted...

El lorito gritó:

—¡Que empiece el *strip-tease*...! ¡Que empiece o se marche!

—Espera un poquito, «Robinson» —le dijo Elizabeth—. Señor Dreyer, ¿no sabe el nombre de alguna de las amigas de Lombard?

—Sólo recuerdo a una. Se llamaba Glenda. Pero no me pida más datos, porque no los conozco. Y ahora, ¿quiere irse de una vez?

—Sí, señor Dreyer, ya me voy.

—Olvide a Harry Lombard.

—¿Por qué he de olvidarlo?

—Le puede traer complicaciones.

—Usted sabe algo y no me lo quiere decir.

—Tiene mucha imaginación, señorita Carroll. Y no creo que viese a Harry Lombard.

—¿Qué le induce a pensar tal cosa?

—No diré una palabra más. Adiós, señorita Carroll.

La joven dio un suspiro.

—De acuerdo, me voy —dijo al loro—: Hasta la vista, granuja.

—¡No vi nada...! ¡No vi nada...! ¡Esto fue una estafa! —le contestó «Robinson».

Elizabeth rió mientras salía del apartamento. La puerta del suyo estaba entornada. Empujó y pasó al interior. No vio a Mike Russel en el *living*.

—¡Mike! —llamó.

No le contestaron.

—Mike, ¿dónde te has metido?

Fue al cuarto de baño y al otro dormitorio. Pero Mike Russel no estaba en ninguna parte.

—Dios mío... —exclamó Elizabeth—. ¡También ha desaparecido!

CAPÍTULO IX

Elizabeth se sintió llena de terror.

Estaba a solas.

Miró las paredes de la habitación. Seguro de que de un momento a otro oiría la voz.

¿Dónde había ido Mike? ¿Por qué no le había esperado? ¿Qué perseguía realmente Mike? ¿O también lo habrían matado? Dios mío, Mike muerto, tan guapo, tan varonil... ¿Por qué no llamaba a la policía? ¿Pero qué les diría a los policías? No, no la creerían nada, porque no podía presentar una sola prueba en favor de su testimonio.

Y según el mago Dreyer, su vecino Harry Lombard, había tenido un laboratorio fotográfico. ¿No conocía la dirección?

Se decidió enseguida. Iría a aquel laboratorio.

Poco después abandonaba el apartamento.

Temía encontrarse con Baker, pero pasó junto a la portería sin que el hombre de los extraños ojos se interpusiera en su camino.

Tomó un taxi en la calle y poco después se encontraba en el 234 de la calle 62 Este.

Era un viejo edificio con una pequeña puerta. Había una placa metálica en la que se leía:

«Fotógrafo —2.º piso».

Subió una estrecha escalera.

Antes de llegar se sintió descorazonada.

Recordó algo. Ella no tenía llave para entrar en el laboratorio. ¿Por qué no lo había pensado antes? De nada había valido su viaje. Pero, ya que estaba allí, siguió subiendo.

Llegó al segundo piso. Había dos puertas, una a la izquierda y otra a la derecha.

En la de la derecha, vio otra placa con un nombre: «Harry Lombard».

Puso la mano en el picaporte y lo hizo girar.

La puerta quedó abierta.

Sólo faltaba que se volviese a encontrar con Harry Lombard.

La luz estaba dada.

Vio una mesa de despacho, unos sillones, un archivador. Pasó al interior y cerró con suavidad.

Entonces descubrió que el suelo estaba lleno de fotografías, de carpetas. Las habían sacado de los cajones del archivador.

Había una puerta al fondo. Se movió hacia ella y la abrió sin hacer ruido, pero en el interior todo estaba a oscuras.

La luz se hizo de pronto.

Allí había otra mujer, una rubia, de ojos verdes, muy bonita.

Pero Elizabeth vio que tenía una pistola en la mano. Esto no le gustó nada.

—Entre y cierre, señorita Carroll.

Elizabeth entró y cerró.

¿Cómo sabe mi nombre?

La he reconocido. Trabaja en la TV.

No me engañará. Apuesto a que usted no me ha visto nunca en la TV. ¿Por qué dice eso?

—No es de la clase de chicas que les gusta sentarse en una butaca, para ver lo que pasa en la pequeña pantalla. Para usted significaría una pérdida de tiempo.

—Qué inteligencia —sonrió la rubia.

—Gracias.

—Es una entrometida, señorita Carroll.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no debió venir aquí. Ahora me obligará a matarla.

La rubia arqueó el dedo en el gatillo.

Elizabeth dijo con una sonrisa forzada:

—No irá a disparar.

—¿Y por qué no lo haría?

—Es de noche y algunas personas duermen ya. Puede despertar a los vecinos.

—El chiste es muy malo.

—Le aseguro que hablo en serio. —No haré ruido.

—No creo que tenga silenciador.

—Lo tengo —dijo la rubia y cogió un almohadón de una silla.

—Espere.

—No, no hay nada que esperar —dijo la rubia.

—Tengo lo que busca.

—¿Qué?

—Que tengo lo que busca.

—Mentira.

—Puede creerme o no. Es asunto suyo. Máteme y no sabrá nunca dónde está lo que busca.

—¿Qué es lo que yo busco?

—Lo que Harry Lombard escondía.

Elizabeth estaba pensando muy aprisa. Hablaba con lógica, con sentido común, porque era lo único que podía hacer para alargar su vida.

La rubia alargó la mano libre.

—Démelo.

—Está en mi bolso.

—Deme el bolso.

—Sí, ahora mismo.

Elizabeth bajó la mirada para distraer a la rubia y le alargó el bolso. Saltó cuando la rubia cogió el bolso.

La rubia no pudo disparar porque Elizabeth logró pegarle un puñetazo en la cara.

Pero la actriz no pudo mantener el equilibrio y cayó con su rival.

—¡Maldita! —gritó la rubia—. Te voy a levantar la tapa de los sesos.

Elizabeth sujetó la mano armada y la retorció con todas sus fuerzas.

La rubia soltó un aullido y dejó caer el arma.

Luego Elizabeth abofeteó a su enemiga dos veces y la dominó apretándola contra el suelo.

—Quieta o te dejo sin pelo, rubia.

Se apoderó de la pistola y la apuntó a los ojos.

—¡No dispare, señorita Carroll!

—¡Rápido, tu nombre!

—Eva Burke...

—¿Qué tenías que ver con Harry Lombard?

—Soy su novia. Nos vamos a casar...

—Qué enternecedor.

—Te juro que es verdad.

—¿Y dónde está el novio?

—No le he visto desde hace dos semanas.

—¿Adónde fue?

—No me dijo nada. Llamé a su casa y no me contestaron al teléfono. También llamé aquí. Pasó un día. Otro. Llamé muchas veces, pero nunca me contestaron y hoy decidí venir aquí.

—Y lo estuviste buscando en los cajones del archivo.

—Oh, no. Los cajones del archivo estaban ya así cuando yo llegué.

—¿A qué se dedicaba Harry Lombard?

—A fotografiar.

—¿Qué cosas fotografiaba?

—De todo.

—Tu historia no me gusta, Eva.

—No tengo otra.

—Eres una estúpida y crees que yo también lo soy. Elizabeth la volvió a abofetear.

—Maldita, ¿por qué me pegas ahora? —Gruñó Eva.

—Porque me estás mintiendo.

—No te mentí en nada.

—Sabías mi nombre.

—Se lo pregunté a Baker. Él me dijo que Harry se había marchado del apartamento que ya no volvería, que no sabía nada de él. Y esta tarde me dijo que ya había otra inquilina y que se llamaba Elizabeth Carroll.

—Voy a suponer que ahora no me estás mintiendo. Te voy a hacer una pregunta, pero no quiero que contestes precipitadamente.

—Elizabeth hizo una pausa—. ¿Qué es lo que escondía Harry Lombard y que os interesa a todos?

Eva parpadeó.

—¿No lo sabes, Elizabeth?

—Claro que no lo sé.

—Pero tú dijiste...

—No importa lo que yo dijese.

—Quiero la mitad.

—Contesta primero.

—¡Quiero la mitad...! ¡Tengo derecho!

¿La mitad de qué?

De las joyas...

Conque son joyas y estaban en poder de Harry.

—Tenía muchas.

—No me digas que era joyero, y además fotógrafo.

—No, no era joyero, era ladrón.

—Muy interesante.

—Deja que me levante. Estoy aquí muy incómoda.

—No intentes nada o te la ganas.

—No intentaré nada. Además, creo que tú y yo podemos estar de acuerdo.

Elizabeth se levantó, dejando que Eva lo hiciese también.

—Conque Harry Lombard era un ladrón.

—De clase internacional. El mejor de todos.

—¿Dónde operaba?

—En la Costa Azul.

—Eso estará muy lejos.

—Harry hizo varios viajes a Europa durante los últimos años. ¿No leíste los periódicos? En la Riviera francesa y en la italiana se estuvieron cometiendo muchos robos. El ladrón asaltaba la casa de los millonarios y se llevaba sus mejores joyas.

—Sí, ahora lo recuerdo. El ladrón nunca fue hallado. ¿Conque era Harry Lombard?

—No podía ser otro.

—Hay una parte difícil de creer en esta historia, Eva.

—¿Cuál?

—Harry Lombard robaba en la Costa Azul y luego venía a los Estados Unidos.

—Sí, desde luego.

—¿Cómo introducía las joyas en nuestro país?

Eva se echó a reír.

—Harry era un truquista estupendo. ¿No te imaginas dónde escondía sus joyas?

—En sus aparatos fotográficos.

—Diste en la diana. Era corresponsal de varias publicaciones. Toda su documentación estaba en regla y su personalidad era conocida. Muchas revistas publicaban sus fotografías. El procuraba que esa faceta resultase bien, y era un maravilloso fotógrafo. —
¿Cuánto robó?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Y yo qué sé.

—Te lo debió decir.

—¡No, nunca me lo dijo!

—Pero tú sabías que era un ladrón.

—¡Claro que lo sabía!

—¿Te lo dijo él?

—No, no me lo dijo.

—¿Y cómo lo supiste?

—Yo soy del gremio.

—¿Tú?

—Claro, mi padre fue un tipo muy grande en el oficio. Tan bueno como Harry.

—Y tú aprendiste de él.

—Pero soy mediocre.

—Vaya, eres muy modesta al reconocerlo.

—Mi padre conocía a Harry Lombard.

—Ya lo voy comprendiendo. Y tu padre te sugirió que conquistases a Harry.

—Sí.

—Y sólo perseguías engañar a Harry.

—No, me habría casado con él.

—Desde hace un rato, estás hablando de Harry como si estuviese muerto.

—Tiene que estarlo.

—¿Por qué?

—Harry no tenía por qué huir. Abandonó su apartamento. No me dijo nada. De la noche a la mañana desapareció. Han tenido que matarlo.

—¿Quién lo ha matado? —Yo qué sé.

—Te contradices constantemente. Si tu padre sabía quién era

Harry, también podían saberlo los otros del gremio.

—No. Harry era muy listo.

—Eso ya me lo has dicho.

—Quiero decir que su identidad no era conocida.

—Hay algo que no has pensado, Eva.

—¿El qué?

—Si Harry se vio en peligro y huyó, debió llevarse las joyas con él.

—Quizá no pudo.

—¿Por qué?

—Porque le mataron.

—¿No has vuelto a saber de Harry?

—No.

—Estás mintiendo, Eva.

—¿Por qué dices eso otra vez?

—¿Por qué ibas a dejar correr dos semanas y esperar a hoy para venir a registrar? En aquel instante se oyó una voz:

—Buenas noches.

Elizabeth se volvió. Era Mike Russel.

El joven de los ojos negros como el alquitrán le pegó un golpe en la mano armada.

Elizabeth perdió la pistola.

—¡Miserable! —gritó Elizabeth, lanzándose sobre él. Mike quizá no esperaba aquel ataque y Elizabeth cayó al suelo arrastrándolo a él.

CAPÍTULO X

Eva aprovechó su oportunidad para huir.

Elizabeth trató de pegar un zarpazo en la cara de Mike, pero éste le sujetó la mano.

—Quieta, gata.

—¡Me estaré quieta cuando te haya sacado los ojos!

Ella estaba encima de Mike pero él hizo un pequeño esfuerzo y cambiaron las posiciones, quedando él encima de ella.

—Ha huido tu cómplice, Mike. Anda, lárgate con ella.

—No era mi cómplice.

—¿A quién piensas engañar?

—No tengo nada que ver con Eva. No jugamos en el mismo equipo.

—¿Y por qué me golpeaste? ¿Por qué me quitaste la pistola?

—Porque pensé que se te podía disparar, y no quiero que una chica tan linda como tú pase el resto de sus días en la cárcel.

—¡Ya no te creo una sola palabra!

—Como tú quieras.

—Quítate de encima. Estás demasiado cerca de mí y yo quiero verte lejos. Por lo menos a cien millas.

Mike la besó en la boca.

Ella movió la cabeza furiosamente para librarse de los labios de Mike, pero él la acompañó en todos sus movimientos.

—Bandido, ¿qué has hecho?

—Besarte.

—¿Por qué?

—Porque estás preciosa cuando te enfadas —dijo Mike y la volvió a besar.

Esta vez el beso fue más largo, aunque también ella forcejeó

para impedirlo.

—No te despaches más, granuja.

—Me gustan las raciones abundantes.

—Pues llama a otra puerta.

—¿Por qué llamar a otra puerta cuando lo tengo gratis?

—¿Gratis? ¡Me los estás robando!

—Tú deseas que te bese.

—¿Que yo lo deseo? ¡Ahora es cuando te cómo!

—Empieza, cariño —dijo él, y la besó por tercera vez.

Elizabeth estaba cansada o quizá Mike tenía razón. Lo cierto es que esta vez no hizo el menor movimiento para librarse del beso.

Mike se puso en pie y dijo:

—Ahora, a trabajar.

Ella lo miró con asombro desde el suelo.

—¿A trabajar?

—Eso he dicho.

—Tú eres como el loro.

—¿Qué loro?

—«Robinson»... No hacía más que decir: «¡Quítate la falda! ¡Quítate la falda!».

—Perdona, cariño, pero no me refiero a eso. Sólo me interesa encontrar las joyas. Ése es mi trabajo.

La joven se levantó, palmeándose las caderas para quitarse el polvo.

Miró con ojos relampagueantes a Mike.

—¿También eres un ladrón?

—No.

—¿Por qué negarlo ya Mike? Todo está en contra de ti. Quisiste alquilar el apartamento antes que yo y luchaste por él.

—Es cierto.

—¿Por qué? Y no vuelvas a dar una razón tonta.

—Lo hacía por las joyas.

—Menos mal. Por fin lo confesaste.

—Soy investigador privado y trabajo por cuenta de varias casas de seguros.

—¿Qué?

—Las casas de seguros que tuvieron que indemnizar a los asaltados por Harry Lombard en la Costa Azul.

La joven parpadeó asombrada. —¿Eso es verdad, Mike?

Mike levantó la mano derecha.

—Lo juro.

—¡Oh. Mike...! ¡Qué alegría...!

Se echó en sus brazos y esta vez ella buscó los labios de él con los suyos.

Fue un beso largo y apasionado.

—¿Cuándo nos casamos, Mike?

—¿Eh?

—He preguntado que cuándo nos casamos.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Está claro.

—Oye, cada vez que te besa un hombre, ¿le pides que se case contigo?

Ella le pegó una patada a la espinilla y él dio un chillido.

—A mí sólo me besan en un escenario o en un estudio de rodaje, Mike Russel. Y son besos tontos, aunque tú me veas que pongo en ellos mucho coraje.

—Elizabeth, será mejor que te contengas o me retirarás de la función antes de que haya recuperado las joyas.

—Estábamos hablando de matrimonio.

—Volveremos a tratar del tema en otra ocasión. Cuando todo se haya solucionado.

—¿Por qué has dejado escapar a Eva?

—Porqué ella no tiene las joyas. ¿No lo oíste? Vino a buscarlas.

—¿Y quién las tiene?

De momento, no lo sé.

—Pero sospecharás de alguien.

—Harold Farrell.

—¿Quién es Harold Farrell?

—Un alto personaje del sindicato del crimen.

—¿Qué tiene que ver con Harry Lombard?

—Harry estuvo en tratos con Farrell para venderle las joyas. Farrell es lo que se llama en el robo de joyas un reducidor. Paga una cantidad notablemente inferior para conseguir un beneficio.

—Si sospechas de Harold Farrell, ¿por qué no la has ajustado las cuentas?

—¿Crees que es fácil ajustarle las cuentas a un alto cargo del

sindicato del crimen?

—¡Oh, Mike, ellos tienen matones!

—Sí, Elizabeth. Disponen de asesinos a sueldo y cualquiera de ellos está dispuesto a apretar el gatillo sin pestañear.

—Tengo miedo.

—No puedes tenerlo. Has demostrado ser muy valiente cada vez que funcionaba la cinta grabada.

—¿Fuiste tú?

—Sí.

Tenía mis sospechas, miserable.

—Tenía que hacerte abandonar el apartamento.

—¿Dónde está la grabadora?

—La puse debajo del diván.

—¿Y cómo funcionaba?

—Con un aparato de relojería.

—¿Era tu voz?

—No, la de un compañero.

—Tú me llamaste por teléfono también para meterme miedo.

—¿Te llamaron por teléfono?

—Sí, y fuiste tú.

—¡No, no fui yo!

—Era una voz grave.

—Pudo ser el padre de Eva.

—¿Lo conoces?

—Claro que lo conozco. Max Burke fue famoso como ladrón de joyas, pero ya está viejo. Y su hija no es peligrosa como ladrona. La han cogido tres veces. Por eso Max Burke prefirió que su hija tratase de conquistar a Harry Lombard.

—Pues estuvo a punto de lograrlo.

—Eso es lo que ellos creen. Harry es demasiado listo. Se dejó engatusar por Eva, porque la chica le gustaba. Pero los Burke nunca habrían conseguido las joyas.

—Si Harry Lombard era tan listo, ¿por qué lo mataron?

—Se produjo un fallo.

—¿A qué fallo te refieres?

—Verás, Harry Lombard sabía que iban detrás de las joyas y armó una trampa... Decidió hacer como que huía. Para ello tenía que abandonar el apartamento de la casa de las Cuatro Almenas...

Sabía que se llevaría a sus talones a la gente que estaba detrás de su botín. Sólo tenía un propósito, hacerle perder la pista a sus perseguidores y regresar a Nueva York.

—¿Y le salió bien?

—Eso creyó él.

—¿Quieres decir que Harry Lombard eligió esta mañana para regresar al apartamento?

—Sí.

—¡Justamente cuando yo iba allí!

—Sí, Elizabeth.

—Lo habían herido cuando yo llegué. Estaba detrás del sillón, moribundo. —Y te dijo que lo habían asesinado.

—Ya te lo conté.

—Lástima que no te dijese nada. Si te hubieses quedado unos instantes al lado de él...

—Había perdido el conocimiento y yo sólo pensé en ayudarle.

—Pero cuando regresaste, se lo habían llevado.

—¿Y si recuperó el conocimiento y se marchó por su propio pie?

—Ojalá hubiera ocurrido eso, pero no lo creo.

Elizabeth se pellizcó pensativa la barbilla.

—Mike, tú has creído que las joyas siguen en el apartamento.

—Hay muy pocos sitios donde buscar. Esta oficina y el apartamento.

—¿Y si estuviesen aquí?

—No es lógico que las escondiese aquí, esta oficina podía ser asaltada por la gente de Farrell...

—También podían asaltar el, apartamento.

—Pero aquella vieja casa podía ofrecer más escondites.

—Tú crees que siguen allí.

—Es posible.

—Entonces, ¿qué estamos esperando? Vamos a la casa del terror.

—Sí, será mejor que regresemos.

Fueron a salir, pero Mike la cogió del brazo.

—Elizabeth, estoy pensando en otra cosa. Que te vayas a un hotel.

—No haré tal cosa.

—Esto puede ser peligroso.

—Ahora te tengo a mi lado y no dejarás que me pase nada.

—Puede pasarte sin que yo pueda impedirlo.

—No me separaré de ti. Está decidido.

—Oye, ¿vas a ser así si nos casamos?

—Oh, no, de ninguna forma. Seré la chica más obediente del mundo.

—Tengo mis dudas.

—Haz una prueba. Ordéneme que te bese.

—Bésame.

—A la orden —dijo ella y se colgó de su cuello y aplastó su boca contra la de él.

Cuando se separaron, Elizabeth dijo:

¿Ves cómo soy una chica muy dócil?

Salieron del laboratorio fotográfico de Harry Lombard.

—Ven a mi coche. Lo traje —dijo él.

Viajaron en el auto hasta las proximidades de la casa de las Cuatro Almenas.

Había empezado a llover.

La portería de Baker estaba cerrada.

Subieron en el ascensor y se acercaron al apartamento 66.

—Espera, Elizabeth, quiero entrar yo primero.

Elizabeth, se arrimó a la pared y Mike abrió con cuidado la puerta y dio la luz.

Pasó al interior y al cabo de un rato regresó.

—Puedes entrar, Elizabeth.

Cuando ella hubo entrado, Mike dijo:

—Ahora hay que buscar el escondite de las joyas. —Para mí los dos dormitorios. Para ti el resto.

—Trato hecho.

Elizabeth se fue al dormitorio principal.

Mike se quedó en el *living*.

Primero buscó en la chimenea.

Pulsó pulgada a pulgada en todos los lugares, esperando que se abriese algún escondite secreto. Pero esto no llegó a ocurrir.

Se puso de rodillas, tocando en la parte inferior de la chimenea.

Estaba en esa posición cuando se abrió la puerta.

Volvió la cabeza y vio entrar a un hombre seguido de otros dos.

El primero era muy elegante.

—Hola, Farrell —lo saludó Mike.

—Caramba, si tenemos aquí al investigador.

Los dos hombres que marchaban detrás de Farrell manejaban pistolas.

—¿Ya las encontraste?

—Todavía no.

—Qué pena.

—Le sugiero una cosa, Farrell.

—Hable, sabueso.

—Salgan otra vez y dense una vuelta por el río. Mientras tanto, yo trataré de encontrar las joyas de Harry Lombard. Luego vuelven y se las llevan.

—¿Habéis oído? El sabueso tiene buenas ocurrencias.

Uno de los matones, el más alto, que tenía cara de bruto, levantó la pistola que estaba provista de silenciador, *como* la de su compañero.

—¿Me lo cargo, jefe?

CAPÍTULO XI

El asesino tenía el dedo en el disparador.

Farrell seguía sonriendo a Mike.

—Te puedo quitar de en medio, sabueso.

—¿Y qué ganaría Farrell? Todavía no tiene las joyas.

—Tampoco las tienes tú.

—Eso significa que, si me mata, no va a ganar nada. Farrell lo estuvo pensando un instante.

—No dispaes todavía, Bill. El muchacho puede servirnos de ayuda.

—Como usted mande, jefe.

Farrell señaló a Mike con la mano.

—No me gusta jugar con los rompecabezas.

—A mí tampoco.

—Quiero a Harry Lombard.

—Yo no lo tengo.

—No me sirve esa respuesta, Russell. —Puede registrarme.

—¡Fuera chistes!

Mike entornó los ojos.

—Farrell, no me hará creer que usted no ordenó la muerte de Harry Lombard.

—Claro que no lo ordené.

—Convénzame.

—Yo estaba en tratos con él.

—Pero usted se la iba a pegar.

—Quizá sí o quizá no. Pero no podía matarlo porque yo no sabía aún dónde guardaba las joyas. ¿Está claro?

—Está claro.

—Gracias, y me alegro mucho de que hayas sacado el tema

sobre el tapete. Si yo no lo maté, lo mataste tú, sabueso.

—No.

—Tú trabajas por cuenta de las compañías de seguros, pero esta vez te encontraste con un momio.

—¿Un momio dice?

—Cinco millones de dólares en joyas.

—Que yo necesitaba recuperar para que las compañías de seguros se resarciesen.

—Cuentos.

—Conoce mi profesión. Es lo que hago.

—Sí, claro que lo sé.

—Y también está al corriente de los trabajos que he realizado hasta ahora.

—Conozco bien tu biografía. Mike Russel, un investigador que conoce a fondo su profesión, que ha hecho brillantes trabajos. Y muy honesto.

¿Qué te hace pensar que cambiaría ahora?

Ya te lo he dicho. Cinco millones de dólares. Otros tan honestos como tú lo han hecho, policías, investigadores que han sido colegas tuyos... Soy un entusiasta de ese principio que dice: «Todo hombre tiene su precio». Uno es honrado por renunciar a cinco mil dólares, o por cincuenta mil, hasta por un millón. Pero ¿qué le pasaría a un tipo de éstos, si se le presentas la oportunidad de atrapar cinco millones?

—No soy ese tipo.

—Lo podrías ser. Y yo no tengo ningún aparato para medir la honradez de un hombre. Todavía no se ha inventado, o yo lo tendría...

Mike no se había traicionado en ningún momento mirando al corredor. Allí, en el dormitorio, estaba Elizabeth. Ella tenía que haberlos oído. Pero si Farrell decidía un registro, la encontraría.

Echó a andar hacia la salida.

—Vámonos, Farrell.

—Párate, sabueso.

Mike se detuvo.

—Sé dónde encontrar las joyas, Farrell.

—¿Dónde crees que están?

—En el laboratorio fotográfico de Lombard.

—Ya buscamos allí.

—No debieron buscar bien.

—Fuimos un par de veces y yo fiscalicé la operación. Los muchachos hicieron un buen trabajo. Las joyas no están allí. Tienen que estar en este apartamento.

—Pero también lo debieron registrar.

—No, no lo registramos hasta ahora.

—¿No tuvieron tiempo?

—No, no tuvimos tiempo. Estábamos siguiendo a Harry Lombard.

—¿Y dónde fue?

—De Nueva York se marchó a Montreal y allí permaneció tres días.

—Si le siguieron sus muchachos, ¿por qué ellos no le metieron mano?

—Pensé que Lombard había sospechado de mí y que me quería eliminar como reductor. Naturalmente, deducí que Lombard buscaba otro reductor. No podía espantar a Harry. Si yo no me equivocaba, podría aparecer en el momento oportuno, cuando Harry fuera a cambiar sus joyas por el dinero.

—¿Y qué pasó en Montreal?

—No pasó nada. A los tres días de estar en Montreal, Harry emprendió el vuelo hacia Vancouver. Allí estuvo una semana.

—¿Y después?

—Voló a Los Angeles. Y de Los Angeles fue a San Francisco. Por último, de San Francisco regresó a Nueva York. Para ese entonces, Harry estaba convencido de que había logrado dar el esquinazo a mis muchachos.

—Pero lo debieron seguir hasta aquí.

—No, entonces sobrevino el fallo. Mis muchachos tuvieron un accidente de tráfico. Su automóvil golpeó con el de un policía. ¿Te lo imaginas? Los muy brutos fueron a estrellarse contra un coche de los polizontes. Para morirse de risa. Eso fue lo que sirvió a Harry para desembarazarse de unos hombres que lo habían estado siguiendo por Canadá y a través de nuestro país.

—Muy doloroso.

—Tengo una historia mucho más dolorosa para ti, sabueso.

—¿Cuál?

—Tú estabas esperando aquí a Harry Lombard.

—Se equivoca:

—Repito que lo estabas esperando. Era tu gran oportunidad. No podías dejarla escapar.

—Eso también lo dijo antes. Oiga, Farrell, aquí no hacemos nada. Sus verdugos no debieron registrar bien el laboratorio de Lombard. Allí hay muchos lugares en donde Harry pudo esconder las joyas.

Se abrió la puerta del apartamento, al mismo tiempo que una voz decía:

—Cu-cu.

Era Leo Sutton.

El matón llamado Bill le puso la pistola delante de la cara.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Cu-cu. —Leo tragó saliva—. He dicho

cu-cu.

Nada más que

cu-cu.

Y ahora me voy a decirlo en la calle.

Dio media vuelta para salir, pero el asesino pegó un patadón en la puerta y la cerró. Leo dio un chillido porque faltó poco para que le pillaran la mano.

Farrell gritó:

—¿Quién es usted?

—Cu-cu.

—¿Es ése su nombre?

A Leo Sutton le empezaron a flaquear las piernas.

—Oiga, yo estaba en la cama, muy malito, y se me ocurrió venir con Elizabeth. Pero me confundí de apartamento.

—¡Su nombre, estúpido!

—Elizabeth.

—¡Imbécil, el de ella no! ¡El de usted!

—Oh, sí... Dios mío, ¿cómo me llamo...? ¿Cómo me llamo?

Mike quiso ayudarle.

—Leo Sutton.

—¿De verdad que me llamo así?

Farrell lo apuntó con el dedo.

—Oiga, usted es idiota.

—Sí, señor. Soy idiota y por eso me voy. Me meteré en la camita otra vez y no volveré a salir hasta dentro de dos años.

—Usted se va a ir a una fosa.

—Sí, señor, también a una fosa... ¡Oh, no...! ¡No me puedo ir a una fosa!

—Cierre el pico y ábralo cuando se lo ordene.

—Sí, señor.

Farrell se volvió hacia Mike.

¿Quién es ese payaso?

—Un escritor.

—¿Y qué es lo que escribe?

—Guiones para la televisión.

—Con razón la televisión es tan mala.

Mike pensó que Leo podía servirle de ayuda para impedir que Elizabeth cayese en manos del *gángster*.

—¿Sabe lo que pienso, Farrell? Que Leo Sutton sabe dónde están las joyas.

Leo sacudió la cabeza, en sentido afirmativo.

—Sí, yo tengo las joyas.

—¿Usted? —dijo Farrell.

—Sí, señor. Las tengo. Un collar de mi madre y una pulsera de mi abuela.

—¡No! —rugió Farrell.

—Claro que sí, señor Farrell, y también heredaré unos pendientes de mi tía Ruth.

—¡Vas a heredar otra cosa, payaso! ¡Una bala en la tripa!

—Oh, no, señor... Renuncio a esa herencia... ¡La renuncio!

Farrell gritó furioso a Mike:

—¿Qué es lo que te has propuesto, sabueso? ¿Confundirme?

—Yo pensé que Leo nos podría servir de ayuda.

—Este tipo de la tele sólo puede servir para una cosa. ¡Para barrer la oficina como la mujer de la limpieza!

Leo se volvió para salir.

—¿Adónde vas, payaso?

—A su oficina. Para barrerla.

—Otra ingeniosidad y ordeno que te vuelen la cabeza.

Leo se cogió la cabeza con las manos.

—¡Ya tengo cerrado el pico!

—Oscar —dijo Farrell.

—Mande, señor Farrell.

—Yo registraré el *living*, tú registrarás el resto del apartamento.

Mike no podía consentir eso. Aquel bestia de Oscar descubriría enseguida a Elizabeth.

—Un momento, Farrell.

—¿Qué pasa ahora, sabueso?

—Tengo una idea.

—Hasta ahora no me gustaron nada tus ideas. Procura que sea buena.

—Ésta es la mejor.

—Suéltala y déjate de rodeos.

—No tengo más remedio que darme por vencido.

—¡He dicho que sin rodeos!

—Sé quién puede tener las joyas.

—¿Quién?

—El mago.

—¿El mago? ¿Qué mago?

—El que vive aquí al lado, el vecino.

Es otro truco. Aquí no hay ningún mago.

Se llama Alex Dreyer y su apartamento comunica con éste.

¿Cómo que se comunica con éste?

Hay una puerta condenada.

—Enséñame esa puerta.

—De acuerdo. Venga conmigo.

—Si te equivocas o pretendes engañarme, será lo Último que hagas.

Farrell metió una mano en el bolsillo y sacó una pistola que no tenía silenciador.

—Muchachos —dijo antes de emprender la marcha con Mike—, si el payaso de la «tele» intenta algo, lo afeitáis.

—¡Ya estoy afeitado! —dijo Leo—. ¡Me afeité antes de venir aquí!

—¡Silencio!

—¡Ya tengo el pico cerrado!

Farrell señaló a Mike el camino del corredor. Mike pasó junto a la puerta del dormitorio que estaba cerrada. Tras de ella se encontraba Elizabeth, que estaría pasando momentos de pánico.

—Aquí tiene la puerta, Farrell.

—Ábrala.

—Ya le he dicho que está condenada.

Farrell quiso cerciorarse por sí mismo. Intentó abrir pero no pudo.

—¡Bill! —gritó.

Bill se presentó con su pistola con silenciador.

—¡Dispara contra esa cerradura!

Bill disparó produciendo un suave estampido. Saltó la cerradura y la puerta quedó abierta.

—Pasa, Mike.

Mike entró en el apartamento de Dreyer y tras él lo hizo Farrell.

Dreyer estaba en el centro de la estancia, asustado. El loro, sobre el almohadón, se puso a chillar.

—¿Quién fue el bastardo que me despertó?

Farrell no vio al pronto al loro y se puso a mover la pistola de un lado a otro.

—¿Quién ha dicho eso...?

—Yo, hijo de perra —contestó el loro.

Farrell siguió buscando al propietario de aquella voz.

El matón Bill tocó al *gángster* en el hombro.

—Eh, jefe, es el loro.

—¿Qué loro?

—Ese que está ahí.

Farrell miró al loro y puso el dedo en el gatillo. Dreyer se recuperó.

—¡No dispare contra «Robinson»!

—¿Eres tú el mago?

—Ésa fue mi profesión cuando trabajaba en el escenario.

—Quiero las joyas.

—¿Qué joyas?

No te hagas de nuevas, mago. Sabes a qué joyas me refiero.

No tengo la menor idea.

¡Maldita sea! ¡Las joyas de Harry Lombard!

¡Lo siento, pero si Harry Lombard tenía unas joyas, yo jamás las he visto!

El loro volvió a gritar:

—¡Fuera, bastardo...! ¡Fuera!

Farrell exclamó:

—Mago, ordene callar a su loro o dejo de él un montón de plumas.

Farrell miró a Mike.

—Otro de tus truquitos, ¿eh, sabueso?

—Le hice una sugerencia.

—Dijiste que era una idea.

—Es lo mismo sugerencia que idea.

—Te vas a ir al cementerio y pareces tener mucha prisa por llegar allí. ¡Todos al apartamento de Lombard!

Dreyer protestó:

—Yo estoy en mi casa y no quiero ir a ninguna parte.

—Tú también vienes, mago. Quiero poner un poco de orden en este negocio, y el que no obedezca, se va a ganar un obús.

Dreyer asintió por fin.

—De acuerdo, pero esto es un atropello.

Todos volvieron al apartamento, excepto el loro.

—¡Oscar! —dijo Farrell—. Registra las otras habitaciones.

—Sí, señor.

Mike esperó a que pasase Oscar junto a él. Tenía que recurrir a algo desesperado y lo hizo.

Saltó sobre Oscar. Su intención era apoderarse de la pistola que manejaba el asesino. Consiguió golpearlo en el mentón. Lo había sujetado con la otra mano para caer sobre él.

Antes de tocar el suelo debería tener la pistola en la mano. Pero fracasó.

Oscar se revolvió en el último instante y alejó la mano armada.

Mike no pudo llegar a la pistola.

Farrell pegó un salto y apoyó su pistola en la nuca de Mike.

—¡Ahora te has ganado una bala, Russel!

En aquel momento se oyó un chillido femenino.

—¡No, no lo maten!

—¿Qué es eso? —preguntó Bill.

—Estúpido —le replicó Farrell—. Es una mujer. Está en el dormitorio. Ve a por ella.

Bill echó a correr y al poco regresó acompañando a Elizabeth.

Mike y Oscar ya se habían puesto en pie.

—Elizabeth, ¿por qué has hecho eso...? —inquirió Mike.

—Porque no quería que te matasen.

Farrell lanzó un silbido, observando a Elizabeth de la cabeza a los pies. —Caramba, nena, tú eres una joya—. Gracias.

Aunque no te puedes comparar con las de Harry Lombard. ¿Qué sabes de eso?

¿Harry Lombard? ¿Quién es Harry Lombard?

Como si no lo supieses. No lo sé.

—Eres muy mona, pequeña, pero algo tontita. ¿Y sabes lo que hago yo con las chicas tontitas?

—Las vuelve listitas.

—No, dulzura. La que es tonta sigue tonta por mucho que se la quiera enseñar. Y por eso prefiero venderlas como reses.

—Animal.

—Otro insulto como ése y te marco la cara de tal forma que le vas a dar un susto a Frankenstein.

—Ya trabajé con él y somos amigos.

—Eh, jefe —dijo Bill—, hablando de joyas, vi algo brillante en la habitación. A los pies de la chica.

—Oh, sí —dijo Elizabeth—. Fue mi anillo.

—No, jefe, no fue su anillo. Estoy seguro.

Elizabeth miró a Mike y éste comprendió que la joven había dado con el escondite de las joyas.

—Farrell —dijo Russel—. Está clara una cosa. Que Harry Lombard se llevó las joyas con él. Sus muchachos no han demostrado ser muy listos. Con eso quiero decir que Lombard debió vender las joyas en una de las ciudades que visitó durante su viaje.

Farrell se echó a reír.

—Eres muy enredador, sabueso, pero esta vez no te sirve de nada. Anda, Bill. Trae eso que viste brillar en el dormitorio cerca de donde estaba la chica.

Bill echó a andar, pero Elizabeth le puso la zancadilla.

El grandullón se tambaleó, pero no llegó a caer.

Farrell pegó un chillido.

—¡Eh, monada, otra faena y tus huesecitos empiezan a pudrirse!

—Déjala de mi cuenta, jefe —dijo Bill—. Le voy a chafar la naricilla mona que tiene.

—Haz lo que te digo, Bill. Trae eso. La chica ya no intentará nada.

Bill se marchó al dormitorio.

Todos esperaron su regreso.

—¡Bill! —gritó Farrell—. ¿Por qué tardas tanto?

—Porque estoy bizco, jefe, es para no creérselo.

Bill apareció trayendo en las manos un cofre que estaba abierto.

—Mire, señor Farrell... ¡Las joyas!

—Yo me encargaré de eso. Vigila tú a estos tipejos.

Farrell cogió el cofre de manos de Bill y lo puso sobre la mesa del *living*.

Sus ojos se agrandaron al ver lo que contenía. Sus labios temblaron.

—¡Cinco millones de dólares en joyas! Dije que serían más... ¡Y son más!

CAPÍTULO XII

Mike dio un paso hacia Farrell, pero Bill lo detuvo poniéndole la pistola en el pecho. —Un paso más y te agujereo la piel.

Farrell siguió riendo.

—De todas formas, el agujero lo va a tener.

—¿Se va a llenar de sangre, Farrell? —inquirió Mike.

—Hasta el cuello, cuando vale la pena.

—No es necesario que lo haga. Llévase las joyas y se acabó la historia.

—¿Y dejaros a vosotros con vida para que vayáis con el cuento a la policía?

—Los robos de Harry no se cometieron aquí, sino en Europa.

—Pero las joyas fueron introducidas clandestinamente en nuestro país. Tampoco te sirve el truco, sabueso. Estás condenado a muerte, lo mismo que los otros dos. —¡No quiero morir!— gritó Leo.

—Yo tampoco —dijo Elizabeth.

Farrell miró a Dreyer.

—¿Y tú, mago? ¿Tampoco quieres morir?

Dreyer se encogió de hombros.

—He vivido mucho y alguna vez me tiene que llegar la hora. Me da lo mismo que llegue antes que después.

—Así se habla, mago. Tú eres la única persona sensata que hay aquí.

La puerta del apartamento se abrió y una voz dijo:

—¡Pistolas al suelo...! ¡Rápido...!

Farrell, Bill y Oscar dejaron caer las armas.

El hombre que había dado la orden era Alan Baker.

Empuñaba un revólver.

El portero no estaba solo. Le acompañaba una mujer más alta que él, fornida, de aspecto viril. También ella manejaba una pistola.

Farrell tenía la respiración entrecortada.

—¿Quiénes son? —rezongó.

—Yo haré la presentación —dijo Mike—. Es el portero de la casa y ella es su hermana.

Baker continuó imperturbable, como siempre.

—Ella se llama Pamela y es muy lista —declaró.

—Tan lista que mató a Harry Lombard —dijo Mike.

—¿Qué sabe de eso?

—Todo.

—Demuéstrelo.

—Ustedes estaban al corriente de la personalidad de Harry Lombard. Sabían que había traído unas joyas de Europa después de sus robos, pero ignoraban el escondite. Esta mañana Harry Lombard vino aquí para recuperar sus joyas. Era lo que ustedes estaban esperando. Pero entre ustedes dos, Pamela es la de las agallas y, por tanto, fue ella la que vino aquí para ajustarle las cuentas. Para hacerle cantar.

Pamela sacudió la cabeza.

—Si, señor Russel... Fui yo. Ya lo tenía listo para que cantase. Pero, de pronto, intentó librarse de mí. El muy estúpido pensó que yo era una mujer y sería débil. Pero se equivocó y se ganó un cuchillazo... Estaba herido, pero todavía podía hablar. Sin embargo, no pudo hacerlo porque en ese momento llegó Elizabeth Carroll. Tuve que esconderme.

Elizabeth dijo:

—Yo hablé con Harry Lombard. Me marché para pedir la ayuda de su hermano. ¿Qué hizo con Harry, Pamela?

—Me lo cargué al hombro y lo saqué de aquí. Murió en el camino cuando lo bajaba por la escalera, mientras mi hermano y usted subían en el ascensor.

—¿Y dónde está ahora?

—Lo tenemos en la portería. Lo sacaremos esta noche y lo arrojaremos al río.

Farrell sonrió a los dos hermanos.

—Oigan, no pueden quedarse con esas joyas.

—¿Por qué no podemos?

—Son joyas robadas.

—Ya las venderemos.

—Ustedes no pueden hacerlo sin la colaboración de un reductor.

—Lo buscaremos.

—No tienen que buscar porque yo soy reductor.

—Olvídelo.

—Sean sensatos, muchachos. Yo cuento con una organización.

Mike intervino.

—El señor Farrell, se refiere al Sindicato del Crimen, pueden confiar en él. Después de todo, si le dan las joyas, ustedes recibirán, con un poco de suerte, un diez por ciento del valor real. Y si no tienen suerte, los amigos del señor Farrell los arrojarán al río para que hagan compañía a Harry Lombard.

—¡Maldita sea, sabueso! —gritó Farrell—. No va a pasar nada de eso. Jugaré limpio, Baker.

—¿Qué dices tú, Pamela? —preguntó Alan.

—Que no le creo una palabra a Farrell. Es un cerdo.

—Como tú digas, Pamela.

—El cerdo también tiene que morir.

Farrell se asustó de veras al oír aquello.

—Eh, ustedes no están hablando en serio.

Mike rió.

—Farrell, usted nos iba a matar a todos. Pero ahora quedó incluido en el lote.

Farrell llevó aire a sus pulmones porque se estaba ahogando.

—Pamela... Ha demostrado ser muy inteligente. Apuesto a que lo es más que su hermano. Debe conservar la cabeza sobre los hombros. Soy un importante miembro del sindicato, como dijo Mike. Hoy día somos más poderosos que la Mafia, aunque estamos relacionados con ella.

—Es una suerte matar a un pez gordo.

—¡Le estoy diciendo que no puede matarme!

—Las balas atraviesan toda clase de pieles. Hasta las más duras.

—¿Es que no lo comprende, Pamela? Si me matan, todo el sindicato se echará sobre ustedes. No tendrán escapatoria. Los perseguirán adonde quieran que vayan. Y ya pueden estar seguros de que los cazarán aunque se metan bajo tierra. Informé a mis jefes

de todo el asunto y conocen sus pormenores. Ellos cuentan con que les entregaré las joyas por valor de cinco millones de dólares.

—No lo creo —dijo Mike.

—¿Qué le pasa, sabueso? ¿Por qué no me cree?

—¿Recuerda lo que me dijo?

—No sé a lo que se refiere.

—Al precio que tiene cada hombre. Me acusó de que yo iba a jugar sucio, quedarme con los cinco millones en joyas. Yo iba a dar el mico a las compañías de seguros. Usted estaba hablando por sí mismo, refiriéndose a usted. Le va a dar el mico al Sindicato del Crimen. Nunca entregaría esas joyas, porque ya ha pensado que cinco millones de dólares es justamente el precio de su fidelidad al sindicato.

—¡Cállate, Mike!... ¡Cállate!

Mike sólo perseguía una cosa. Sacar de sus casillas a Farrell. Quería conseguir que Farrell se arrojara sobre él para dar lugar a una pelea.

Y ahora que estaba a punto de conseguirlo, sus esperanzas se vieron frustradas por Pamela.

—¡Quieto, Farrell! Es usted menos listo de lo que parece. El señor Russel lo está enrabiando para que aquí se arme la gorda. Pero no se va a armar porque mi hermano y yo vamos a empezar el reparto de pastelillos.

Una voz se hizo oír en la puerta:

—¡Manos arriba!

Pamela y Alan Baker palidecieron.

—Manos arriba —repitió la voz— Manos arriba o disparo.

Pamela y Alan levantaron las manos, aunque no soltaron las armas.

Los que estaban en la otra parte estaban viendo lo que ocurría.

El loro del mago, en el umbral, era quien había pronunciado la amenaza.

Y todos a una buscaron las pistolas que habían dejado caer al suelo.

Mike sacó un poco de ventaja a los demás.

Disparó sobre Bill y lo mandó dando vueltas hacia la chimenea.

Farrell ya tenía la pistola lista para hacer fuego, pero Mike le metió un obús en la cabeza.

Elizabeth echó a correr y saltó sobre Pamela, quien ya bajaba el brazo para incorporarse a la batalla, mientras gritaba:

—¡Es un loro. Alan!

Las dos mujeres cayeron al suelo.

Sonó un disparo y Pamela soltó un grito de dolor.

La bala que había salido de la pistola que manejaba le había abrasado los intestinos.

Alan Baker hizo fuego sobre Oscar, justo cuando éste también le disparaba.

Los dos hicieron blanco, uno sobre otro, y ambos se derrumbaron.

La habitación que había quedado envuelta en humo, se sumergió en un silencio cuando los moribundos dejaron de existir.

Elizabeth miró a su alrededor.

—¿Estás vivo, Mike?

—Sí, aquí estoy.

—¿Y tú, Leo?

—Casi muerto.

—¿Te hirieron?

—No, pero me estoy muriendo de miedo detrás del diván. Mike se acercó a Elizabeth y la ayudó a levantarse. —Amor mío— dijo ella.

—Querida —dijo él—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Nunca pensé que me pidiesen en matrimonio con tanto muerto. Pero te daré mi respuesta. ¡Estoy preparada para ser la señora Russell!

Se besaron y luego Mike volvió la cabeza y dijo:

—Eh, Leo, avisa a la policía.

—Ahora mismo. Y también avisaré al hospital para que me reserven una habitación.

¡Dios mío, qué malito estoy!

Elizabeth y Mike volvieron a besarse.

—Enhorabuena —dijo Dreyer.

El loro se subió a su hombro.

—Vámonos a casa, «Robinson» —gruñó el mago.

Cuando iban a salir, el loro dijo:

—Quítese la falda... Quítese la falda.

Elizabeth dejó de besar un momento a Mike, guiñó un ojo a

«Robinson».

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).